

MANUSCRITO EN ELABORACIÓN. FAVOR NO CIRCULAR. ENVIE SUS COMENTARIOS A [meorbe@gmail.com](mailto:meorbe@gmail.com).

M. E. Orellana Benado

## ¿El judaísmo ortodoxo como *hobby*?

*Una breve introducción a la civilización occidental para  
chinos, indios y otros lectores*

Santiago de Chile  
11 nisan 5779 / 16 abril 2019

## Índice

1. El ocultamiento de lo normativo y las preguntas humanas
2. Judeofobia y judaísmo
3. Judaísmo, cristianismo, islam, liberalismo y marxismo
4. Judaísmo, sionismo y “el problema palestino”
5. El judaísmo ortodoxo como hobby

Anexo: Advertencia lexicográficas y una fantasía literaria

Índice onomástico y temático

Bibliografía

“Así yo, viejo esturión, me vi nadando en las turbias aguas de la actualidad, rodeado de anzuelos occidentales y orientales, pero no piqué.”

Herman Hesse  
(Carta a H. C. Bodmer de 2 de julio de 1951)

## 1. El ocaso de lo normativo, las preguntas humanas y la era digital

La modernidad ha terminado. Son las postrimerías de la segunda década del siglo 21 de la era común o cristiana. Amanece la era digital. El futuro que enfrentamos es incierto. Pero, objetará de inmediato un lector atento, tanto en occidente como en oriente, ¿acaso no ha sido siempre incierto el futuro? Solo los fanáticos lo ignoran. ¿Cuál es la diferencia con el momento actual? Hay una gran diferencia. Estamos viviendo hoy una transformación mayor, *un cambio de época histórica*. O, como preferirían decir los adoradores de los neologismos, *un cambio “epocal”*. La humanidad está a punto de dar *un gran salto adelante*, en la imagen que usó en 1958 Mao Zedong, entonces presidente (del Partido Comunista) de la República Popular de China, para justificar las políticas que pretendían transformar una economía agrícola en una economía industrial pero que significaron la muerte de casi cincuenta millones de chinos.

El salto que está a punto de dar la humanidad será mayor que todos los saltos previos. A saber, los que llevaron de las edades de piedra, de bronce y de hierro a la antigüedad, de la antigüedad al medioevo y los que condujeron del medioevo a la modernidad. Su impacto será mayor que la introducción de los metales, la agricultura, la rueda, la escritura, la vela, la brújula, la imprenta, la locomotora y los barcos a vapor en el siglo 19. Y mayor también que el que tuvo en el siglo 20, la electricidad, los automóviles con motor a explosión, el teléfono, la bomba atómica y la píldora anticonceptiva.

La mitad de la humanidad sobrevive con menos de dos dólares estadounidenses al día, donde “menos” puede querer decir muchísimo menos.

¡Qué noticia más triste! Centenares de millones de seres humanos aspiran solo a estar vivos al día siguiente. Su máximo objetivo estratégico es asegurar que ingieren hoy suficiente líquido y suficiente comida para estar vivos mañana. Su existencia, en las palabras del filósofo oxoniense Thomas Hobbes, es “solitaria, desagradable, bruta y corta”. La modernidad está aún por delante de ellos. Y quizás lo seguirá estando para siempre.

Por el otro lado, la modernidad ya quedó atrás y se aleja cada vez con mayor rapidez de los 350 millones de personas que hoy constituyen el 5% más acaudalado de la humanidad. Tales personas pueden aspirar a mucho más: ser útil para y amable con los demás, cultivarse y entretenerse. La profecía marxista decimonónica acerca del inevitable colapso del capitalismo y su reemplazo por la sociedad sin clases sociales, el comunismo, no se cumplió. Pero, en el bicentenario del nacimiento del judío asimilado alemán Karl Marx, otro vaticinio suyo sí parece corroborado por la historia. A saber, que la riqueza se concentraría en unos estados en detrimento de otros y, al interior de los estados, en una minoría en detrimento de la mayoría. Como ha ocurrido, supongo, desde casi el principio, la humanidad vive de manera simultánea en distintos tiempos históricos.

La era digital alcanzará su apogeo cuando, entre quienes han dejado atrás ya la modernidad, se crucen dos fenómenos culturales, uno de los cuales surgió temprano en la prehistoria mientras que el otro pertenece a la modernidad, la era que acaba de terminar. El más antiguo es *la penetración de los cuerpos por la tecnología* y el más reciente *el surgimiento y florecimiento de la tribu internacional*. Veamos los detalles.

Ya en la era neolítica (10.000 AEC – 4.500/2000 AEC) se usaban instrumentos para realizar trepanaciones en huesos y en el cráneo. Mucho más

tarde, ya en tiempos con escritura, es decir, en tiempos que eran filosóficos e históricos, a fines del siglo 13, los monjes italianos comenzaron a producir anteojos. Esta invención alargó de manera considerable la vida útil de los curas, quienes fueron los administradores de los nacientes estados, reinos e imperios durante el medioevo en occidente o Europa, los guardianes del conocimiento y los únicos productores de material simbólico nuevo, comenzando por las visiones globales de la realidad.

En el siglo 17, cuando ya florecía la modernidad, John Locke, el médico y filósofo inglés que es reconocido como el padre del liberalismo, operó del hígado a *lord* Shaftesbury, dejando en su cuerpo un tubo de oro para eliminar flujos. Este logro médico tuvo impacto en la historia intelectual y política, tanto europea como mundial, porque permitió al aristócrata continuar su oposición a la política pro-católica de Carlos II. Este movimiento culminaría, después de su muerte, con la Gloriosa Revolución de 1688, y el comienzo de la instalación del gobierno representativo, es decir, el que funda su legitimidad en el consentimiento de los gobernados. Atrás quedó para siempre en occidente el supuesto “derecho divino” del monarca invocado con ahínco por los Estuardo, la última dinastía inglesa que tuvo al catolicismo apostólico romano por religión.

Hoy este antiquísimo fenómeno cultural, la penetración del cuerpo humano por la tecnología, permite trasplantar órganos y piel. Hay implantes tanto dentales como de córneas. Hay prótesis para reemplazar o unir otros huesos. Marcapasos estimulan corazones debilitados. Quienes nacen con audición disminuida o la ven dañada por enfermedades o accidentes cuentan con audífonos, incluso con prótesis biónicas. Hay piernas, brazos y manos artificiales. Tenemos máquinas que dializan la sangre, corazones mecánicos. Pronto contaremos con ojos artificiales. Gracias a dispositivos digitales, personas parapléjicas logran mover partes de su cuerpo que antes estaban más allá del ámbito gobernado por su voluntad.

¿Hasta dónde llegará la penetración del cuerpo humano por la tecnología? ¿Incluirá alguna vez un acceso directo a la World Wide Web (en adelante, la web)? Ese día quedarían obsoletos los artilugios que proveen dicho acceso hoy, pero que son externos a nuestros cuerpos, como los teléfonos inteligentes o los computadores de mesa. ¿Tendremos mañana microchips implantados en el cerebro mismo? Y, por el otro lado, ¿logrará la penetración de nuestros cuerpos por la tecnología otorgarnos control respecto de la herencia genética que tendrán nuestros descendientes?

¿Podremos en la era digital decidir qué características potenciar y qué características inhibir en nuestra descendencia? ¿Llegaremos a modificar a voluntad los genes? Cuando eso ocurra, habrá nacido el *homo digitalis*. Y nos habremos liberado de la ley de la evolución. En adelante nuestros sucesores determinarán las características que tendrá su descendencia, no la evolución natural. He aquí el más antiguo de los dos fenómenos culturales que mencioné hace un momento y que sostuve se cruzarán en la era digital: la penetración de los cuerpos humanos por la tecnología. Veamos a continuación un boceto del segundo fenómeno, que es un *parvenu* moderno: el surgimiento y florecimiento de la tribu internacional.

La tribu internacional fue engendrada por una estrategia de matrimonios mixtos entre aristócratas de distintas regiones europeas, por razones feudales y dinásticas, que ya estaba en marcha en el siglo 15, como bien lo ilustra el matrimonio de Fernando, rey de Aragón, con Isabel, reina de Castilla. Con el objetivo de aumentar los territorios que dominaban, condes, duques, marqueses, reinas y reyes comenzaron a casar sus descendientes con los descendientes de familias que controlaban regiones cercanas e, incluso, países distintos.

¿Por qué al prosperar en 1689 la rebelión anti-católica, el rey inglés derrocado, Jacobo II, huyó al exilio en Francia? Porque Luis XIV, quien reinaba a la sazón en Francia, era nada menos que su primo hermano. Henrietta Maria, mujer de rey Carlos I de Inglaterra y madre de Jacobo II, era hermana de Luis XIII, el padre del *Roi Soleil*.

María Antonieta, la reina que la Revolución Francesa guillotinoó en París en la entonces Place de la Révolution (sí, la actual Place de la Concorde) el 16 de octubre de 1793, era austríaca de nacimiento. Victoria, reina de Inglaterra y emperatriz de la India, fue apodada por la prensa “la abuela de Europa” en el último tercio del siglo 19. Mal que mal, gracias a los matrimonios de sus hijos e hijas, sus nietos reinaban sobre la mayor parte del continente. Los tataranietos de sus tataranietos, encabezados por Isabel II del Reino Unido, lo hacen aún hoy en Dinamarca, España, Noruega y Suecia.

La tribu internacional floreció a partir del siglo 19, cuando la estrategia del matrimonio mixto se extendió más allá de la aristocracia y alcanzó los llamados “barones” de la industria y las finanzas. Bastará con mencionar al más ilustre producto de tales uniones: el político, ensayista y pintor *sir* Winston Churchill, descendiente del primer duque de Marlborough, quien derrotó en 1704 a franceses y bávaros en la batalla de Blenheim. Como primer ministro del gobierno del imperio británico, *sir* Winston declaró la guerra en noviembre de 1939 y gracias al apoyo estadounidense (tardío, diciembre de 1941, pero decisivo), en alianza con la Unión Soviética, venció en 1945 al Eje Berlín-Roma-Tokio. Es decir, la coalición que integró el imperio nacional socialista austro-germano, que lideró Adolf Hitler, el Reino de Italia, conducido por el gobierno fascista de Benito Mussolini, y el Imperio del Sol Naciente, encabezado por el divino emperador Hiroito. Me refiero al conflicto que más

tarde sería conocido como la segunda guerra mundial y sobre el que volveré más adelante.

El padre de *sir* Winston era el tercer hijo del Duque de Marlborough, motivo por el que no heredaría ni el título, ni las propiedades, ni los caudales requeridos para vivir cómo fuera acostumbrado a vivir. El segundón solucionó este problema con un “matrimonio mixto” que lo unió a la millonaria estadounidense Jennie Jerome. Ella era hija de Leonard Jerome, un hábil abogado de Nueva York que, en su tiempo, ganó reputación como especulador financiero, llegando a ser conocido como “*The King of Wall Street*”. En suma, la madre de *sir* Winston aunque no tenía sangre azul sí tenía algo que (en la fórmula para relacionar el dinero con la felicidad por Óscar Wilde) “produce una sensación tan parecida que se necesita un especialista muy avanzado para verificar la diferencia”), a saber, los caudales de una rica heredera americana.

Hay muchos casos más de matrimonios mixtos entre aristócratas empobrecidos y *self-made men*. Expresión esta última que fue introducida en 1832 por un senador estadounidense, para designar a personas que, sin nacer en cunas doradas, se hacen millonarias con su ingenio y su tesón. En el siglo 21 la tribu internacional vive de manera distinta al resto de la humanidad. Son personas, para comenzar, que tienen lealtades plurinacionales. Han crecido y residen en distintos países. Hablan diversos idiomas. Están cómodos en distintas culturas. Y pertenecen al 5% más acaudalado de la humanidad.

La penetración completa del cuerpo humano por la tecnología, qué duda pudiera haber, comenzará por los seres humanos más acaudalados. En ellos se cruzarán estos dos fenómenos que describí en los primeros cinco párrafos de la presente sección. ¿Qué ocurrirá entonces, cuando nazca el *homo digitalis*? Más que especular acerca del incierto futuro que enfrentamos en la era digital, tema del que me ocuparé en otro momento, a continuación

miraré en la dirección opuesta, hacia su origen. Como en todo anclaje de fechas que pretenden fijar el inicio y el fin de un tiempo histórico, un grado de convencionalismo es inevitable. Pero hay buenas razones para datar el inicio de la era digital en 1989, esto es, un siglo y una década después *del fin de la edad media en lógica*, para decirlo en clave que, creo, es original. Me detengo un momento en este asunto, por razones que quedarán en claro más adelante.

Con la publicación de *Begriffsschrift* por el matemático alemán Gottlob Frege recién en 1879 la lógica dejó atrás la antigüedad y la edad media, es decir, el análisis del razonamiento deductivo mediante el silogismo, el sistema lógico que introdujo Aristóteles y que fuera perfeccionado a manos de los monjes cristianos medievales por un milenio y medio. Por primera vez, con Frege, fue posible formalizar razonamientos deductivos con predicados de más de una variable. De maneras que no alcanzo a presentar en detalle, he aquí la raíz formal más antigua de la era digital.

Sin la lógica matemática, no hubiera sido posible diseñar computadores, ni existiría nada de lo que de ellos depende, como la web y las redes sociales, *que han engrosado la superficie de la realidad* con múltiples capas de información. En filosofía la lógica matemática engendró la tradición analítica, que se sumó a tres tradiciones anteriores que también estuvieron activas en lo que denomino, por razones a las que llegaremos a su debido tiempo, el *largo siglo 20*, es decir, entre 1879 y 1989. A saber, el tomismo o filosofía cristiana, el marxismo y el existencialismo. Pero esa es otra historia. Volvamos a la era digital.

En 1989 el inglés Tim Berners-Lee creó la *World Wide Web*. Es decir, la red que mediante internet comenzó a conectar los computadores en todo el mundo, un proceso que está transformando, entre otras esferas de prácticas

humanas, la producción académica y la tecnológica, el comercio y las comunicaciones. Su impacto está sacudiendo las relaciones humanas en todos los campos. Y, de manera vistosa, entre hombres y mujeres, de las distintas orientaciones sexuales, desplazando los límites de lo aceptable y lo inaceptable en las relaciones de amistad, familiares, eróticas, profesionales y ciudadanas, como lo han demostrado de manera vistosa los últimos años, al menos en occidente.

Fijar el inicio de la era digital en el año de 1989 tiene un encanto adicional. Ejemplifica el concepto de “sincronicidad”, una coincidencia entre dos sucesos que son simultáneos que tiene de sentido aunque no sea una relación causal, según la elucidación del psicólogo suizo Carl Gustav Jung. Porque en 1989, además del comienzo de la expansión de la Web, cayó en Berlín (más bien, fue demolido) el muro construido en 1961 por la República Democrática de Alemania. Este muro impedía la fuga de quienes vivían en Berlín al interior del sector controlado por la Unión Soviética al sector occidental de la antigua capital el que, luego de la rendición del nacional socialismo en 1945, administraban el Reino Unido, los Estados Unidos de América y Francia. Hoy, treinta años después, la caída del muro de Berlín puede ser leída en términos distintos de los habituales, esto es, como el mero *fin de la guerra fría*, el conflicto que habría seguido a la derrota del Tercer Reich y sus socios, las “razas superiores”.

Hasta entonces solo estuvo disponible una lectura en términos de dos conflictos distintos. Por un lado, la denominada “segunda guerra mundial” (1939-1945). Y, por el otro lado, la referida “guerra fría” (1945-1989). Hoy, sin embargo, podemos arrojar una luz nueva sobre la modernidad misma con una lectura distinta. Según esta lectura contestataria, entre 1939 y 1989 se luchó en uno y el mismo conflicto. Atendiendo a su duración podríamos denominarlo *la guerra mundial del medio siglo* o bien, si cambiamos el foco a su trasfondo

filosófico y político más que en su duración, *la guerra mundial de los científicismos*.

Para concebir a la segunda guerra mundial y a la guerra fría en términos de sendas fases de uno y el mismo conflicto hay que poner el foco en el nivel filosófico y preguntar qué estuvo en disputa entre 1939 y 1989. En la primera fase, entonces, se luchó de manera convencional y con la propaganda masiva que, en tiempos del cine y la radio, explotó con genio el Dr. Joseph Goebbels, ministro de ilustración pública y propaganda del nacional socialismo. En la segunda fase del conflicto, si bien proliferaron las armas nucleares, dejando de lado la guerra en Vietnam, solo se combatió en términos propagandísticos. En ambas fases del conflicto 1939 – 1989, sin embargo, el objetivo final fue siempre el mismo. A saber, demostrar la superioridad del entendimiento propio de unas sociedades sobre otras respecto de cuál es la ciencia básica y cómo ella dispone que sean organizadas tanto la producción material como la organización política de la sociedad.

Así vistas las cosas, la guerra mundial de los científicismos es un conflicto peculiar. Los seres humanos, todos lo sabemos, siempre han luchado entre ellos. Pero la guerra mundial entre los científicismos fue el primer conflicto que admitió una lectura filosófica secular, que es clave para entender dicho período histórico. La guerra en cuestión, sin proponérselo, buscaba dirimir cuál es la ciencia fundamental, la verdadera fuente de conocimiento acerca del mundo natural y del mundo normativo, o social, o político. La lectura habitual de la guerra mundial del medio siglo denomina a su primera fase “segunda guerra mundial”, cuando la pugna estuvo entre quienes coincidían en reconocer a la economía como la ciencia fundamental y, en el bando adversario, quienes creían que la biología era la ciencia fundamental. Los “demócratas”, tanto capitalistas (Reino Unido y Estados Unidos) como comunistas (la Unión Soviética), quedaron de un lado de este abismo filosófico. Los austro alemanes,

italianos y japoneses, las “razas superiores”, por su parte, quedaban del otro lado.

Para el Reino Unido, los Estados Unidos y la Unión Soviética, la economía era la ciencia fundamental. Esta posición fue engendrada por el profesor de filosofía de la moral escocés Adam Smith, alguna vez becario de Balliol College, Oxford. Y se afianzó gracias a la obra de su lector más aprovechado, el ya mencionado Dr. Karl Marx. Por eso los capitalistas y los comunistas pudieron en tiempos ser aliados. Sus profetas, Smith y Marx, ya lo habían sido. El cientificismo economicista, como sabemos, derrotó al cientificismo “biologicista” inspirado en el inglés Charles Darwin, y la absurda pretensión de que los austro-alemanes, los italianos y los japoneses serían “razas superiores” en 1945. Solo entonces los Aliados victoriosos pudieron abocarse a resolver el conflicto entre sus respectivas concepciones del cientificismo economicista. Esto es, a dirimir cuál era el modelo correcto, racional y, a fin de cuentas, “científico” de la economía y la sociedad: si el capitalista o bien el comunista.

Una vez que, aliadas, derrotaran a las auto-proclamadas “razas superiores”, al interior del cientificismo economicista, se enfrentaron estas dos concepciones. Por un lado estaba la opción basada en mercados libres y sistemas políticos pluripartidistas, representada por los Estados Unidos de América, el Reino Unido y los estados en su esfera de influencia. Y, por el otro lado, la opción basada en economías planificadas desde el centro y con sistemas políticos unipartidistas, representada por la Unión Soviética y su esfera de influencia más la China de Mao Zedong. Fue una guerra de propaganda.

De ahí la competencia entre 1945 y 1989 por triunfos con repercusión

mediática entre la Unión Soviética y los Estados Unidos de América en diversas esferas. Entre 1937 (Alexander Alekhine) y 1987 (Gary Kasparov) los campeones mundiales de ajedrez fueron todos soviéticos, con una sola excepción en 1972 (el estadounidense Bobby Fischer). Los soviéticos ganaban también muchas medallas en las olimpiadas. La principal arena de competencia fue la “*carrera espacial*”. En ella la Unión Soviética tuvo la delantera inicial. En 1957 puso en órbita el primer satélite artificial, el Sputnik 1. Y, ese mismo año, a la perrita Laika, el primer mamífero y mártir de la tecnología espacial que orbitó la tierra. En 1961 Yuri Gagarin fue el primer cosmonauta varón. Y, en 1963, Valentina Tereshkova, se convirtió en la primera cosmonauta. La Unión Soviética parecía liderar a la humanidad. Aunque la teoría feminista parece haberlo olvidado, la promoción de las mujeres en occidente recibió un aliento considerable de la promoción de las mujeres en éstas por la Unión Soviética.

La caída del muro de Berlín en 1989 marcó el principio del fin de la segunda fase del conflicto, la guerra fría. Concluyó al año subsiguiente con la implosión de la Unión Soviética, y la desintegración de su esfera de influencia con la disolución de las repúblicas “democráticas” en Europa del Este. La reacción de los americanos estadounidenses al liderazgo inicial de la Unión Soviética en la segunda fase de la guerra mundial del medio siglo fue vigorosa. El impulso decisivo en la carrera espacial vino de John F. Kennedy, el primer presidente católico de los Estados Unidos de América. El 21 de julio de 1969, seis años después de su asesinato en Dallas, el estadounidense Neil Armstrong fue el primer ser humano en pisar la Luna.

La reacción estadounidense que comenzó con Kennedy culminó en 1983 con una propuesta del entonces presidente Ronald Reagan, un antiguo actor de segunda línea en Hollywood. A saber, la Iniciativa de Defensa Estratégica, plan que la prensa bautizó “guerra de las galaxias”. Una década

después de trastabillar en Chile el 11 de septiembre de 1973, esta iniciativa dio el tiro de gracia al oso soviético. Durante cinco años la economía soviética intentó responder a la “guerra de las galaxias”, y construir en el espacio exterior un sistema bélico propio. Este esfuerzo excesivo llevó al colapso de la economía soviética, que era planificada desde el centro. Al intentar financiar una guerra en el espacio exterior perdió la competencia con el capitalismo estadounidense. Así concluyó la guerra mundial de los científicismos que se libró entre 1939 y 1989. La victoria final correspondió al científicismo economicista liberal. La tan conocida como extemporánea conclusión de Francis Fukuyama, que la *historia humana* habría llegado a su fin en 1989, es un error. Confunde el fin de la *historia moderna*, lo que sí ocurrió ese año, con el fin de la *historia humana*, algo que nunca ocurrirá mientras existan seres humanos.

La modernidad tuvo múltiples consecuencias positivas. ¿Qué persona informada lo negaría? Incluso nuestros hermanos utilitaristas, que reducen el valor de la existencia humana individual a un balance de dolor y de placer, estarán obligados a reconocerlo. Basta con comprobar el gran cambio en la población mundial. En 1727, el año en que nació don Mateo de Toro Zambrano y Ureta en Santiago, el mismo año en que murió *sir* Isaac Newton en Londres, la humanidad consistía en unos setecientos millones de personas. Casi tres siglos más tarde, la cifra supera los siete mil millones. Es decir, la humanidad creció diez veces. Hay mucho más placer hoy, y bastante menos dolor. La variación de la expectativa de vida es igual de rotunda. Ya se avizora una expectativa de vida de un siglo o más para buena parte de la población nacida en el tramo más acomodado de la humanidad, es decir, en países como Chile o con mayor desarrollo económico.

La modernidad tuvo también, por otro lado, múltiples costos: de corte ecológico y, más amplio, de corte educacional. No me detendré en los

desastres ecológicos. La inmensa mayoría de mis lectores, tanto en oriente como en occidente, pertenecerán a la *periferia ilustrada* de la humanidad. Es decir, el cinturón de personas con educación superior genuina y que, por lo mismo, observan, evalúan, premian y castigan el desempeño del *núcleo dirigente* de sus sociedades, expresión con la que designo a la conjunción de las élites académica, económica, mediática y política. Ambos grupos, el núcleo dirigente y la periferia ilustrada mundial están cada vez más y mejor informados acerca de los desastres ecológicos causados por la modernidad, pero no parece haber conciencia acerca de los desastres educacionales de los que corresponde también responsabilizar a dicho período histórico.

Quiero detenerme en el que tal vez sea el mayor costo educacional de la modernidad, un fenómeno complejo al que denomino *el ocultamiento de lo normativo* y que hoy nubla nuestro entendimiento. Entender este punto requiere recordar cómo era el mundo medioeval, el mundo que terminó con la modernidad, así como la modernidad terminó con el inicio de la era digital en 1989. Entonces, en la era medioeval, la inmensa mayoría de la población humana vivía en durísimas condiciones de escasez material. Pero su existencia estaba empapada de sentido, de normatividad y de sacralidad, es decir, de la presencia divina. A los ojos de los monjes cristianos europeos, las únicas personas entonces con formación y tiempo para especular acerca de tales asuntos, el mundo era un escenario sagrado, creado para permitir el despliegue de la libertad humana, la única barrera que la omnipotencia divina no podía superar.

El Autor del Mundo, por cierto, conservaría para siempre el poder de destruir a la creatura. Pero no podía obligarla a cumplir ni siquiera un mandamiento. La historia sagrada enseña esta lección con el relato acerca de la prohibición divina de comer el fruto del árbol al centro del jardín del Edén, el árbol de la ciencia y el mal, bajo la amenaza de morir en caso de desobedecer.

Solo si la libertad humana se sometía a la voluntad del Creador, el único mandamiento vigente en el jardín del Edén, podría existir el mundo que Él deseaba existiera. Dicho mundo no existiría jamás, elijo la palabra con cuidado, sin la *colaboración* de la única creatura hecha a su imagen y semejanza.

La inmensa mayoría de la población, que era analfabeta y no tenía educación formal alguna veía las cosas de la misma manera. En cada persona estaba el rostro de D's. Por este motivo la gente se ponía de pie para saludar y para despedirse. Y se resignaba ante cada infortunio, que vivía como una prueba impuesta por el Creador. Porque ama a cada una de sus creaturas, el Creador es también celoso. Y por eso, en cada circunstancia beneficiosa, el analfabeto agradecía a quién sabía era la fuente última de todo bien.

El monumento literario fundamental de la baja edad media es la síntesis del pensamiento bíblico con el pensamiento aristotélico que realizó en el siglo 13 el monje dominico italiano Tomás de Aquino, a quien esta proeza intelectual ganó con justicia categoría de santo y doctor de la Iglesia Católica Apostólica Romana. Según Aristóteles, lo eterno es la materia que está organizada en grados crecientes de complejidad según pasamos del reino mineral al reino vegetal y del reino vegetal al reino animal. En este último reino surge la percepción o consciencia y la capacidad de desplazarse por voluntad propia, en latín *motu proprio* o, como dicen las ignaras víctimas de la vulgarización lingüística, "de mutuo propio". Así, alcanzamos al ser humano.

La peculiaridad de este animal es producir y consumir lo que en sentido filosófico es su alimento propio. Para decirlo con el concepto del chileno Humberto Maturana, aunque en un sentido distinto del suyo, es un ser "autopoiético". Su alimento propio en sentido filosófico es el significado lingüístico. Es el "animal racional", es decir que el que habla y el que entiende

cuando le hablan. También produce y se alimenta de poder. Es el animal social, que solo puede vivir en medio de aliados y adversarios. Y, por último, produce y se alimenta de comicidad. Es el animal risible. Con la risa, el ser humano se acerca y se aleja de sus semejantes en virtud de las respectivas identidades al tiempo que se acerca y se aleja del dolor que todos estamos expuestos a sufrir. Recién entonces, cuando la materia está organizada de la forma más compleja, surge la autoconciencia como nosotros la conocemos. Resumiendo, en una primera aproximación, Aristóteles presenta una posición que es materialista y empirista.

El pensamiento bíblico, por cierto, sostiene la que parece ser justo la posición opuesta: lo eterno sería el espíritu, D"s, cuya palabra trae la materia a la existencia. La Biblia es idealista o espiritualista en metafísica y hermenéutica en epistemología. El conocimiento no deriva de la experiencia sensorial sino de la capacidad de leer o interpretar tanto los fenómenos naturales como el texto sagrado. Solo así, por inspiración divina, sería posible conocer la voluntad del Autor del Mundo. La percepción sensorial, por el contrario, es fuente de engaños, tentaciones y errores, como bien lo ilustran las tentaciones de San Antonio, el anacoreta. Creemos ver algo, pero es el demonio que nos engaña.

Solo quien aprecie la contradicción que, al menos en la superficie, existe entre la posición bíblica y la aristotélica podrá apreciar la magnitud del logro de Tomás: reconciliar en una y la misma lectura dos posiciones que hasta entonces parecieron incompatibles. A comienzos del siglo 14, cuando fue canonizado, su sistema filosófico conquistaba las mejores mentes jóvenes en la Iglesia Católica Apostólica Romana. Así la experiencia sensorial volvió a ser una fuente respetable de conocimiento empírico. ¿Qué otra justificación pudiera tener leer a Aristóteles, sus múltiples observaciones y las conclusiones que de ellas él derivó? Si bien hay alguna evidencia que San Alberto Magno, el profesor de Tomás, realizaba actividades experimentales, la mayoría de los

monjes dedicados al estudio, más que realizar ellos mismos observaciones de la naturaleza, leían acerca de las que hiciera Aristóteles en la antigüedad.

El entendimiento del conocimiento humano del tomismo es literario o, si se lo prefiere, libresco. Todo el conocimiento estaría contenido en dos conjuntos de textos o libros. La Biblia versa sobre la historia sagrada; el relato del origen del mundo; las obligaciones de las creaturas con el Creador del Mundo; y de las creaturas entre ellas, en particular el destino de su Pueblo Elegido.

Los libros aristotélicos, por contraste, versan sobre la búsqueda de la verdad en los asuntos teóricos o contemplativos, como la teología, la matemática y la física o la ciencia del movimiento; la búsqueda del florecimiento del carácter tanto individual como colectivo, que es el tema de las ciencias prácticas, como la ética y la política; y, por último, la búsqueda de logros productivos en lo que los griegos llamaron *tejné* o técnica y los latinos arte, como en la cosmética, la metalurgia o la panadería. Para lo tomistas, estudiar la discusión sobre asuntos empíricos en Aristóteles tenía una justificación teológica. Conocer mejor el mundo, se creía, solo podía aumentar la reverencia que el creyente experimentaba frente a su Creador. Grande, en rigor, era el Autor de ese magnífico artilugio que es la naturaleza.

Sin advertirlo, al validar entre los eruditos europeos la experiencia empírica como fuente de conocimiento, el tomismo comenzó a cavar su propia tumba. Entre 1492 y 1609, tuvo sendos choques con la experiencia empírica que horadaron su quilla, momento en que comenzó a hundirse y, con él se hundió también el entendimiento medioeval del mundo como una realidad empapada de normatividad. El genovés Cristóbal Colón nunca supo que había llegado a un continente desconocido por los eruditos europeos.

Pero tres años antes de que Colón muriera en Valladolid, en 1506, Américo Vesputio ya lo tenía claro. De regreso de uno de sus viajes por encargo de Manuel I, rey de Portugal, en una carta a Lorenzo Pietro di Médici, nieto de Lorenzo el Magnífico, asegura que “es lícito llamarlo un mundo nuevo, porque ninguno de estos países fueron conocidos a nuestros ancestros, y todo lo que se oiga sobre ellos será por completo nuevo...”. La carta fue reproducida y circuló mucho por Europa, llegando a inspirar al cartógrafo alemán Martin Waldseemüller, quien fue el primero en denominar “América” al nuevo mundo en su mapa *Universalis Cosmographia* de 1507.

América, sin embargo, no figuraba en la Biblia. Sus millones de habitantes no tenían una genealogía bíblica que los mostrara como descendientes de Adán y Java. La conmoción entre los eruditos fue enorme. Se llegó incluso a sugerir que la población americana originaria descendía de “las diez tribus perdidas de Israel”, que menciona el segundo libro de Jueces. El segundo golpe, esta vez contra la física de Aristóteles, fue igual de severo.

El Estagirita había sostenido que de la esfera lunar hacia abajo, el movimiento de los cuerpos estaba regido por una ley simple: lo liviano, como las llamas, sube mientras lo pesado, como las piedras, cae. Esto es, por cierto, lo que la experiencia sensorial muestra. Y que, de la esfera lunar hacia arriba, todo gira en círculos en torno a la tierra, que es también lo que muestra la experiencia.

Pero en 1609, el florentino Galileo Galilei diseñó un telescopio con el que pudo observar las lunas de Júpiter. Ahora, la experiencia refutaba la física aristotélica, como antes lo hiciera con la genealogía bíblica. Había cuerpos en las esferas supra lunares que no giraban en torno a la tierra. Así, en poco menos de un siglo y dos décadas, los dos pilares literarios sobre los que

descansaba el tomismo se quebraron. El entendimiento literario del conocimiento comenzó a perder prestigio y vigencia. Los monjes cristianos sufrieron la peor humillación que puede experimentar un erudito: ver su ignorancia expuesta ante el público. Ahora bien, si el tomismo, siguiendo a Aristóteles, no hubiera validado la sensación como una fuente de conocimiento, estas experiencias bien pudieron no haber tenido impacto alguno. Antes del triunfo del tomismo, podrían haber sido interpretadas como obra del demonio. Así se hizo, por ejemplo, con las tentaciones de San Antonio. No eran experiencias perceptuales genuinas, sino meros estados de conciencia inducidos por Satanás.

Por eso, del renacimiento en adelante, cada vez con mayor fuerza la epistemología, la pregunta por las verdaderas fuentes del conocimiento humano, ocupó el centro de la filosofía. La teología había dejado de ser la ciencia fundamental. Los eruditos se esforzaban por encontrar certezas. No querían arriesgar que su ignorancia volviera a ser expuesta. De ahí la búsqueda de certeza que motiva al matemático y filósofo francés Rene Descartes. Ya en la segunda mitad del siglo 17, el filósofo y político inglés sir Francis Bacon propone un entendimiento del conocimiento que difiere del entendimiento literario. A saber, que la ciencia es una tarea inductiva o experimental y asociativa o colaborativa. Al conocimiento no se llega mediante la introspección del místico, que se retira a vivir en la soledad del desierto para recibir la iluminación divina. Al conocimiento se llega observando y describiendo, como recomendaba ya Aristóteles.

Pero, y esta es la innovación propia de la modernidad, las descripciones más útiles son las descripciones cuantitativas y no las descripciones cualitativas que son las que utiliza Aristóteles. Del *mare magnum* de observaciones y mediciones surgiría la hipótesis, una propuesta que describe el estado en que se encontrará el mundo en un momento futuro. Una vez que

ha transcurrido el tiempo debido, volvemos a observar el mundo. Si la descripción contenida en la hipótesis calza con las observaciones y mediciones verificamos la hipótesis, y la conservamos. De lo contrario, la modificamos y, en el caso extremo, la abandonamos.

Fue así que la filosofía moderna transitó del empirismo de Bacon y Locke, al positivismo del polímata francés August Comte. Según este último, en un estadio inicial, el estadio teológico, el conocimiento pasa por el animismo, el politeísmo y el monoteísmo, intentos de explicar el mundo natural postulando la existencia de múltiples almas, de un puñado de dioses y, por último, postulando la existencia del Único D's. La pregunta por el conocimiento es la pregunta acerca de *quién es responsable de lo que observamos*. A continuación seguiría el estadio metafísico, cuando la búsqueda de conocimiento se identifica con la busca de *la causa de los fenómenos*, intentando responder *por qué ocurre* lo que observamos. Por último, en el estadio positivo, la búsqueda del conocimiento se limita a preguntar cómo se relacionan las cantidades observables, mayores que cero, es decir, positivas.

El conocimiento verdadero deriva solo de la experiencia sensorial en el marco de una teoría científica, no pretende identificar ni agentes ni causas detrás de los fenómenos. Es el entendimiento experimental del conocimiento cuyo auge causó el ocultamiento de lo normativo. Solo habría dos clases de preguntas genuinas, las que son formales, cuyas respuestas alcanzamos por razonamiento, y las preguntas empíricas, cuya respuesta alcanzamos, en último término, gracias a la experiencia sensorial.

Formales son las preguntas cuya respuesta encontramos, cuando la podemos encontrar, mediante raciocinios o cálculos acerca de las reglas que gobiernan los distintos lenguajes y que determinan qué combinaciones de sus

elementos son correctas o, si se prefiere, expresan verdades. Hay preguntas formales relacionadas con los juegos: ¿cuál es el número mínimo de jugadas en que es posible dar mate si se juega con las blancas? Otras surgen en la geometría: ¿qué fórmula mide el área de un círculo de radio  $r$ ? O con la heráldica: ¿cómo correspondía configurar el escudo de armas de don Mateo de Toro Zambrano y Ureta una vez que el Rey de España hizo conde de Castilla a quien, años más tarde, sería el primer criollo santiaguino elegido por aclamación Jefe del Estado chileno? También son formales las preguntas matemáticas: ¿existe el mayor número primo? Y las preguntas que versan sobre ortografía: ¿lleva alguna vez acento diacrítico el adverbio “solo”?

Terminaré el listado mencionando que también es formal la pregunta si es posible que una persona tenga solo dos abuelos, es decir, que descienda de solo dos abuelos. Las preguntas formales interrogan acerca de los distintos lenguajes con los que hablamos del mundo para propósitos diversos. Y se responden en términos de un razonamiento, una reflexión, o un cálculo acerca de qué combinaciones de elementos autorizan las reglas lingüísticas. Así, por ejemplo, como un momento de reflexión demuestra, una niña engendrada en un incesto fraternal descenderá, como todo el mundo, de dos padres pero, al contrario de casi la totalidad de las personas, descenderá de solo dos abuelos.

Por contraste, las preguntas empíricas apuntan a cómo es el mundo del que hablamos. Cuando la pesquisa empírica tiene éxito, éste se debe, en último término, a la experiencia sensorial, la observación, y no a meros raciocinios. Estas preguntas pueden versar sobre el espacio cósmico: ¿hubo una tetera de porcelana Ming en órbita alrededor de Saturno el 11 de septiembre de 1973? Otras sobre el clima: ¿llovió en el distrito de Barranco en Lima antes del mediodía el jueves 9 de septiembre de 2010? O sobre la economía: ¿qué precio tuvo el pan corriente en el barrio de Brockley en Londres el 5 de octubre de 1979? O sobre la población: ¿cuántos seres humanos estarán vivos en la Tierra

al mediodía de Nueva York del 14 de noviembre de 2021? Así como otras preguntas empíricas versan sobre fenómenos naturales: ¿qué ocurre con el hierro cuando queda expuesto al aire? Y, también, sobre fenómenos políticos: ¿quién será Jefe del Estado federativo argentino en 2055? Solo podemos responder las preguntas empíricas gracias a la observación del mundo, aún si ésta procede mediada por instrumentos.

Las preguntas que apuntan al lenguaje y, por el otro lado, las preguntas que apuntan al mundo, más allá del contraste tanto entre sus objetos de interés como entre las maneras divergentes en que intentamos responderlas, comparten una característica crucial y que las contraponen a las preguntas que denomino *prima facie* humanas. Cuando están bien definidas y podemos responderlas, tanto las preguntas formales como las empíricas tienen respuestas correctas únicas. Y si hay disenso acerca de qué respuesta es la correcta, de dicho disenso nada hay que aprender, fuera de algo que sabemos bien: que somos falibles. Aquí radica la diferencia que contraponen estas dos clases de preguntas *tomadas en conjunto* con la clase que denomino de las preguntas *prima facie* humanas.

Porque, en general, las preguntas *prima facie* humanas tienen *un rango que es abierto pero acotado de respuestas* verdaderas, correctas, dignas de ser estudiadas y conocidas, aun cuando no tengamos ni el interés ni la capacidad de incorporarlas en nuestras vidas, o no sea siquiera posible, en términos prácticos, guiarnos a la luz de todas ellas al mismo tiempo, tal y como no sería posible ser al mismo tiempo carnívoro y ser vegetariano o bien ser cristiano y ser budista. Las respuestas que pertenecen a dicho rango abierto pero acotado respuestas tienen en conjunción las siguientes características:

1. son por igual inteligibles, documentadas y coherentes aún si cuando primero nos cruzamos con una de ellas nos parece ridícula (solo lo inteligible, lo concebible, puede presentarse en la experiencia corriente como absurdo).
2. fueron defendidas en la historia o están vivas en la discusión actual, y en ambos casos contamos con defensas de documentación, extensión, rigor e imaginación comparables.
3. tienen relaciones argumentativas íntimas (por ejemplo, de objeción y refutación o bien de respuesta y refinamiento), motivo por el que solo entendemos mejor una de ellas en la medida en que entendemos mejor las otras.
4. Y, en el último lugar de la mención aunque no sea el de menor importancia, dan, han dado o podrían dar sentido a las vidas de individuos en sus distintos grupos.

Tal es el caso de muchas preguntas relacionadas con cómo corresponde a los seres humanos vivir y tratarse, al menos entre *prójimos lejanos*. Es decir, quienes aceptan que solo hay una naturaleza humana, la misma en todos los individuos, pero una diversidad de identidades humanas o formas de vivir a cuyo encuentro respetuoso, productivo y jovial o festivo bien podemos contribuir los prójimos lejanos. Hay más de una forma de vivir que es digna de respeto. Esto ocurre también con muchas preguntas acerca de cómo bien pueden tratarse entre sí las personas en las distintas esferas normativas, como las que surgen de relacionarse en términos de, por ejemplo, la amistad, del erotismo, de la amistad, el parentesco, la profesión, o de la ciudadanía. Y, por último, así son las cosas respecto de las grandes síntesis interpretativas en

economía, historia, filosofía, psicología, o en sociología y, también, en los ámbitos artísticos, musicales, literarios o teatrales.

Porque en todos estos ámbitos hay más de una manera por igual correcta de responder a preguntas bien formuladas, aunque no cualquier respuesta sea por igual digna de respeto. ¿Cómo corresponde interpretar, digamos, la sonata Waldstein? ¿Quién desmerecería, por ejemplo, las distintas versiones que a lo largo de sus vidas ofrecieron Martha Argeric, Claudio Arrau, Arthur Rubinstein o Nina Simone? ¿Son sus diferencias un motivo para concluir que aún no hemos encontrado la versión correcta?

Las preguntas *prima facie* humanas son peculiares y contrastan con las preguntas formales y con las preguntas empíricas. En las preguntas *prima facie* humanas resulta perspicuo que *la búsqueda de la verdad procede mediante el esfuerzo argumental que hacen quienes las abordan por delimitar el rango abierto pero acotado de respuestas verdaderas, correctas o dignas de ser conocidas y tratadas con respeto*, aun cuando el rango contemple más de una respuesta. Esto último es, por cierto, una cosa por completo distinta de sostener que todas las respuestas inteligibles a una pregunta *prima facie* humana pertenezcan por igual a dicho rango.

Esta es la distinción tripartita entre preguntas formales, preguntas empíricas y las preguntas *prima facie* “humanas”. Cerraré ahora este asunto mostrando cómo, en un sentido más abstracto y entendidas las cosas en términos últimos, todas las preguntas, a final de cuentas, son humanas, aunque no *prima facie* humanas.

Quien haya asimilado el contraste entre las preguntas que respondemos mediante la razón, mediante la sensación o bien mediante la

argumentación, si aplica con rigor su imaginación filosófica, podrá también contemplarlas de la manera opuesta. Es decir, ya no en términos de un contraste sino, ahora, en términos de una convergencia entre las preguntas formales, las preguntas empíricas y las preguntas *prima facie* humanas. En un sentido abstracto, todas las preguntas, con independencia de la clase a la que pertenecen, son por igual “humanas”. Y lo son por partida doble.

De un lado, porque todas las preguntas y todas las ciencias surgen de seres humanos. ¿En qué sentido serían “ciencias *humanas*” la antropología, la filosofía, la historia, la psicología y la sociología? ¿Acaso la astronomía, la biología, la física, la geometría, la matemática y la química podrían haber sido “ciencias *bovinas*”? De otro lado, estas tres clases de preguntas son humanas porque *en la búsqueda de la verdad los seres humanos procedemos de la misma manera*; esto es, intentando delimitar cuál es su rango de respuestas.

Esta es la similitud estructural básica que comparten las tres clases de preguntas. La peculiaridad del rango de respuestas a las preguntas formales y empíricas, a saber, estar abierto de manera mínima (contener solo una respuesta correcta, verdadera o digna de ser conocida y tratada con respeto, en virtud ya sea de las reglas que gobiernan el lenguaje o bien de cómo sea el mundo) debiera impresionarnos mucho menos. Tanto las preguntas formales como las empíricas son también casos particulares de las preguntas humanas.

La deslumbrante luz de la modernidad oculta hoy esta verdad. Y, en el pasado, llevó a filósofos modernos de la talla del escocés David Hume y del prusiano Immanuel Kant a sostener que, porque algunas preguntas de las ciencias formales y naturales tienen respuestas únicas, solo son genuinas las preguntas con respuestas correctas únicas. Es decir, que solo buscando responder a ellas entramos en “el seguro camino de una ciencia”, según

sostiene este último en su *Crítica de la Razón Pura*. Solo así podremos aumentar nuestro conocimiento.

En esta falacia se sustenta la idolatría de la ciencia experimental o científicismo, que dominó la escena intelectual occidental durante los siglos 19 y 20. Sus devastadoras y siniestras consecuencias incluyeron la guerra mundial de los científicisms. En la próxima sección, aquilatada ya la peculiaridad de las preguntas *prima facie* humanas analizaré la judeofobia, un fenómeno que comienza en la edad media europea y que florece en la modernidad, en términos de la distinción tripartita. Mi objetivo es disminuir su poder de fascinación en la era digital, al menos en la periferia ilustrada, en particular de países más allá de occidente.

## 2. Judeofobia y judaísmo

Ofreceré en esta sección un *análisis introductorio aunque no elemental* de la judeofobia. Me dirijo a tres grandes grupos de lectores. En primer lugar, lectores orientales: chinos, filipinos, indios, indonesios, japoneses y paquistaníes por nombrar solo los estados más populosos (aunque en algunos de ellos hoy, como Indonesia, por versar acerca de los judíos este ensayo no podría ser publicado ni circular) que quieran entender mejor a occidente a partir de la judeofobia. Es decir, a partir de una lacra que define la identidad desde sus inicios mismos, a fines del siglo cuarto de la era común o cristiana. Y, en segundo término, lectores occidentales que sospechen que sufren de esta dolencia moral; que confirmen su sospecha tanto con la lectura de este ensayo como recordando incidentes de su vida cotidiana; y que, esto es crucial, tengan interés en curarse de este mal. En suma, se trata de un libro de auto-ayuda, tanto para orientales como para occidentales.

Para lectores orientales, entender a occidente a partir de la judeofobia pudiera resultar más atractivo que hacerlo en los términos habituales. Porque occidente se entiende a sí mismo y se presenta ante el resto de la humanidad como la civilización que, gracias a su interés puro en la verdad logró inventar el método experimental o científico, la clave a partir del siglo 18 para dominar el mundo natural y enriquecerse como ninguna civilización anterior. Desde entonces y, en particular, en la segunda mitad del siglo 20, occidente lideraría también a la humanidad en su búsqueda de conocimiento normativo. Aquí estaría la contraparte de la teoría de la gravitación universal en los asuntos normativos: la doctrina universal de los derechos humanos. En suma, occidente lideraría a la humanidad tanto en el campo de los fenómenos empíricos, que serían la provincia de la ciencia experimental, como en el conocimiento de los fenómenos normativos, las provincias de la moralidad, la política y el derecho.

Por contraste, presentaré aquí a occidente como una civilización en esencia judeófoba. Es decir, una civilización surgida de rechazar, maltratar, negar e intentar borrar por completo su raíz judía en la *antigüedad clásica*, según ilustró la cita de Vargas Llosa al inicio de este ensayo. El *Diccionario de la lengua española*, obra de deslumbrante erudición editada por la Real Academia Española, institución que “limpia, fija y da esplendor” a la lengua castellana, según señala su divisa, por el otro lado, ratifica con múltiples ejemplos adicionales esta tesis. Hasta fines del siglo 20, según esta riquísima cantera lexicográfica judeófoba, la *antigüedad clásica* sería la época “referida a la Grecia y la Roma antiguas”. En otras palabras, Atenas y Roma, sí. Pero Jerusalén, no. Entender a occidente desde la judeofobia, como aquí se propone, sirve de profiláctico para los orientales obligados a tratar con occidentales. Es una manera de prevenir el contagio con la judeofobia, el *morbo occidentalis*.

Entiendo por “judeofobia” un antiquísimo fenómeno social generado por un rasgo del carácter, en lo principal, de gentiles occidentales. Este rasgo se expresa en una diversidad de actitudes y de prácticas de rechazo y maltrato de los judíos. Estas manifestaciones comienzan con el mero temor irracional de sus supuestos incomparables poderes y habilidades. Continúan con la inclinación, que parece inocente, a emplear el humor prejuiciado para reír de los judíos. Y culminan en la aversión obsesiva de los judíos y su supuesto plan para dominar el mundo. La judeofobia culmina en la creencia que el mundo estaría mejor sin los judíos y sin su influencia, es decir, la creencia que hizo posible la *shoa* (palabra hebrea para “calamidad” a cuya elucidación llegaremos en un momento).

La judeofobia, aunque resulte sorprendente y triste comprobarlo, aqueja incluso a los judíos mismos. Muchos se sienten incómodos con e, incluso, se avergüenzan de su identidad. Algunos toman el toro por las astas y optan por

convertirse (como los padres del Dr. Karl Marx) o bien por asimilarse (como el abuelo materno del Dr. Ludwig Wittgenstein) y comenzar a educar su descendencia para que se identifique cada vez menos con el judaísmo, hasta alcanzar la generación en que el lazo se rompe. Es la asimilación, una debilidad de la que siempre ha sufrido el judaísmo, en especial, entre los judíos más acaudalados.

Este fenómeno recurrente y masivo incluye acusar a los judíos de deicidio (serían “los asesinos de D”s” o bien “quienes mataron a Cristo”); de conspirar para dominar el mundo; de muchos otros supuestos crímenes (por ejemplo, matar niños cristianos para usar su sangre con propósitos litúrgicos); y de envenenar los pozos de agua y causar las pestes que asolaron Europa en el Medioevo. Al tiempo se les atribuye una personalidad avara, poco confiable y cruel.

Los judíos fueron maltratados en la cultura europea cristiana durante un milenio y medio. Fueron sometidos a restricciones laborales y educacionales, impuestos específicos, confiscación y robo de sus propiedades, quema tanto de sus libros sagrados como de sus templos, difamación, asesinato y expulsión de diversos países en los que habían vivido por cientos, incluso miles de años.

Fueron expulsados de Francia en 1182, 1306, 1321 y en 1394. De Inglaterra en 1290. De Alemania en 1348, 1510 y en 1551. De Hungría en 1349 y 1360. De Austria en 1421. De Lituania en 1446 y 1495. De los Estados Papales en 1569 y 1599. De Nápoles en 1541. De España en 1492. De Portugal en 1497. Al listado anterior hay que añadir los pogromos, las matanzas de judíos organizadas por los gobiernos de Lituania, Polonia, Ucrania y del Imperio Ruso durante los siglos 18 y 19.

Luego de hervir por milenio y medio a fuego lento, tal caldo de cultivo hizo posible la *shoa*, la inédita matanza de judíos ejecutada por el Tercer Reich, el régimen nacional socialista austro-alemán que encabezó Adolf Hitler. En algo más de tres años y medio (1941-1945), fueron asesinados tres de cada cuatro “judíos”; esto es, personas que practicaban el judaísmo o que descendían de quienes lo practicaron en la proporción fijada por las leyes raciales, aprobadas en Núremberg en 1935. El nacional socialismo, por cierto, no tiene raíces cristianas. Pero construyó sus campos de exterminio de judíos y de otras minorías indefensas solo en Polonia, que entonces era, tal vez, el país más católico de Europa y en el que vivía el mayor número de judíos, factor que abarataría los costos operativos de las “fábricas de la muerte”. El 90% de los judíos polacos fueron exterminados. En total dos tercios de los judíos europeos fueron asesinados.

Hasta el amanecer del siglo 21, la culminación de los abusos contra los judíos es la recién mencionada *shoá*, un acontecimiento que es habitual confundir con el Holocausto, aunque este último sea un suceso distinto y mayor. La *shoá* o coronación de la judeofobia europea fue el asesinato mediante hambrunas planificadas, marchas forzadas y el uso de gases venenosos de seis millones de ancianos, mujeres, niños, jóvenes y adultos judíos en los guetos y en los campos de exterminio. Importó poco si ellas mismas no se consideraban judías sino, más bien, miembros de iglesias cristianas o, incluso, “progresistas” librepensadores”, que ya no cargaban con creencia ni prácticas atávicas de ningún tipo.

La *shoá* contó con la colaboración diligente de los estados que estaban en la esfera de influencia nacional socialista, así como con *el apoyo por omisión de los Aliados*, las potencias que lucharon en contra del Tercer Reich. Aunque estaban informadas de la puesta en marcha de *die Endlösung der Judenfrage* (alemán para “la solución final de la cuestión judía”, el eufemismo usado para

el exterminio), nada hicieron por evitarla. Luego del triunfo ocultaron con éxito esta omisión de la conciencia pública ilustrada de sus propios países.

Cuando al genocidio de los judíos europeos perpetrado por los nazis y sus colaboradores, sumamos las matanzas de otras minorías desvalidas: católicos, cristianos reformados, gitanos, eslavos, homosexuales, Testigos de Jehová y personas desmedradas tanto en términos de sus capacidades físicas, de aprendizaje o del carácter, incluidas las nacidas de alemanes que fueran “arios puros”, tenemos lo que, en rigor, merece ser llamado el “Holocausto”. Es decir, la medianoche moral de la modernidad europea occidental en el siglo 20, un fenómeno mayor cuyo núcleo es la *shoá*.

El término “judeofobia” fue introducido por el médico judío polaco Leon Pinsker en 1882, si bien con una connotación algo distinta a la que tiene aquí. Se trata de un neologismo, que aún no ha sido recogido en el *Diccionario de la lengua española*. De ahí que, en esta primera ocurrencia, haya entrecomillado la voz, práctica que, por mor de simplicidad, omitiré en adelante, tanto en esta expresión como en sus derivados. “Antisemitismo”, por su parte, fue introducido y defendido en 1879 por el periodista y agitador político judeófobo alemán Wilhelm Marr en su obra *Der Weg zum Siege des Germanenthums über das Judenthum* (*El camino al triunfo del germanismo sobre el judaísmo*).

La judeofobia, como otras lacras morales, es una enfermedad silenciosa. Rara vez da señales de su presencia a quien la sufre. Su larga tradición es propia, aunque no exclusiva, de la cultura generada por el cristianismo en Europa y en su esfera de influencia. A partir de 1948, con la creación del Estado de Israel, gracias a la represión que sufre en ella la minoría palestina (es decir, los árabes que son ciudadanos israelíes), a los conflictos bélicos que ha tenido con sus vecinos y a las políticas educacionales de diversos gobiernos y clérigos musulmanes, la judeofobia se “viralizó” en el mundo árabe (los 200 millones de

personas que habitan en los países en torno a Israel), donde fuera desconocida por muchos siglos.

El primer paso de un análisis introductorio aunque no elemental de la judeofobia es el que acabamos de dar. Esto es, separar de manera tajante la distinción entre los gentiles y los judíos, por una parte y, por otra parte, la distinción entre las víctimas de judeofobia y quienes están libres de ella. Si se ordena las combinaciones a las que estas distinciones dan lugar por el tamaño de su membrecía, la lista comenzaría con los gentiles que nunca se han contagiado con la judeofobia o, incluso, que han logrado superarla. Son un puñado de personas. Continuaría con los judíos practicantse, quienes viven y están orgullosos de su identidad regulando sus prácticas cotidianas (alimentación, comercio, vestimentas, sexualidad y las diversas liturgias asociadas con el sábado y los demás días de “reunión sacra”) según el judaísmo en alguna de sus variants.

Luego vendrían los judíos que sufren de judeofobia, que son muchos, tal vez más numeroso que el grupo anterior. ES decir, quienes han interanalizado como correcto el rechazo que experimentan de parte de las comunidades mayores en las que viven. Y, por último, el grupo más numeroso: los gentiles judeofobos. En occidente estos últimos son legión, varios cientos, tal vez miles de millones de personas, repartidas por igual tanto entre los ignorantes como entre los que tienen educación superior. Estamos, en suma, frente a cuatro grupos (o, más exacto, cuatro racimos de grupos afines) y no frente a solo dos.

En términos conceptuales, la judeofobia es el error de confundir la *religión judía* (esto es, *una identidad humana cuyo núcleo es una forma peculiar de vivir lo sagrado* y que, como las demás religiones, contiene un sinnúmero de variantes) con *una naturaleza o esencia*, una forma peculiar del ser, que sería tan poderosa como dañina y que solo esas personas, los judíos,

compartirían. Explotando con habilidad esta última tesis –que la *naturaleza* o la *esencia* judía es tan poderosa como maléfica— por más de milenio y medio, distintos líderes y sus respectivos grupos han obtenido enormes réditos económicos, políticos y religiosos de maltratar con su sadismo a las ínfimas comunidades judías. La judeofobia ha estado presente siempre en la tradición occidental, y alcanzó proporciones descomunales en el siglo 20 con la *shoa*, una crueldad hecha posible por mecanismos grotescos.

Muchas personas, tal vez la mayoría, tienen una conducta normal respecto de sus familias, amistades, colegas, conocidos y aún desconocidos. Es decir, un trato amable, hospitalario, bondadoso y, en ocasiones, generoso. Pero, sin embargo, maltratan a los judíos. O bien justifican que otros lo hagan. ¿Por qué? La judeofobia es la explicación. Tales conductas serían una defensa legítima ante una agresión soterrada y de virulencia incomparable.

Antes de continuar con el asunto principal, quiero justificar mi preferencia por hablar de “judeofobia” en vez de hablar de “antisemitismo”. ¿Acaso no es este último el término habitual? Ambas voces, como señalé recién, son recientes. Hasta 2006, el *Diccionario de la lengua española* elucidó la voz “antisemitismo” consignando que nombra la “doctrina o tendencia de los antisemitas”; es decir, los enemigos “de la *raza hebrea*, su cultura o su influencia”, definición que en su vigésima tercera de 2014 fue reemplazada por “el enemigo *de los judíos*, su cultura o su influencia” (he añadido el énfasis en ambos casos). Prefiero no usar “antisemitismo” por una razón simple.

Quien sufre de judeofobia, como de tanta otra lacra moral, no reconoce este hecho y busca negarlo. Y, si usamos “antisemitismo”, le regalamos al judeófobo una manera simple de negar que tenga tal disposición. Según una premisa, falsa pero difundida e inteligible, además de los judíos existirían otros

*pueblos* semitas, como los árabes. La verdad del asunto, por cierto, es otra: fuera del hebreo (que fuera la primera lengua de los judíos), hay otras *lenguas* semíticas. De dicha falsa premisa, en todo caso, el judeofobo concluye que el antisemitismo no podría existir por razones léxicas. El antisemitismo como un *rechazo específico* de los judíos no podría existir, porque si existiera tendría que incluir el rechazo de los árabes. Así el judeofobo concluye que no sufre de tal condición, y que sería imposible que nadie sufriera de ella. Para prevenir esta audaz prestidigitación retórica, y siguiendo al autor judío-argentino-israelí Gustavo D. Perednik, hablaré en lo que sigue siempre de “judeofobia” y nunca de “antisemitismo”.

Ahora bien, la elucidación del concepto de judeofobia contenida en el cuarto párrafo de esta sección supone que sabemos *quiénes son los judíos*. ¿Quiénes son estas personas que los gentiles (e, incluso, algunos de ellos mismos) rechazan? Para abordar esta pregunta recurriré a la distinción tripartita, que introduje en la sección anterior, entre preguntas formales, preguntas empíricas y preguntas *prima facie* humanas. Porque la pregunta acerca de *quiénes son los judíos* es un ejemplo paradigmático de la clase de preguntas que, solo con propósitos de introducción, antes llamé *prima facie* humana. Esto es, preguntas frente a las que distintas personas, en distintas épocas y culturas, ofrecen un rango abierto pero acotado de respuestas que se iluminan unas a las otras y que la persona educada conoce, entiende y trata con respeto, más allá de cuál sea la respuesta que orienta su vida individual. ¿Cuál es, entonces, el rango abierto pero acotado de respuestas a la pregunta acerca de *quiénes son los judíos*?

Una mitad del espectro está ocupado por respuestas de corte existencial o costumbrista. Su núcleo es la intuición según la que el judaísmo es una forma de vivir y que *los judíos serían quienes viven como judíos*. Esta opción nos obliga a embarcarnos en una pesquisa acerca de qué pudiera querer decir *vivir*

como *judíos*, tarea que abordaremos en un momento. La otra mitad del espectro lo ocupan respuestas esencialistas o judeóforas, que sostienen que *serían judíos quienes tienen una naturaleza o esencia judía* sin importar qué costumbres practican, es decir, ni cómo viven, ni cuán atrás esté el antepasado que, en los distintos ámbitos, sí tuvo prácticas judaicas. Comenzaré desarrollando en algún detalle la familia de respuestas existenciales o costumbristas. Luego expondré de manera breve las respuestas esencialistas que, me parece, son mucho mejor conocidas por el gran público, al menos en la tradición occidental. Tal perspectiva está disponible en las páginas web de diversas organizaciones árabes, europeas y, en particular, palestinas.

La respuesta existencialista o costumbrista sostiene que, hasta inicios de la modernidad, los judíos en sentido estricto eran personas que pertenecían a alguna de las múltiples aunque minúsculas comunidades de prácticas o maneras de vivir lo sagrado asociadas con el judaísmo, que estaban repartidas por todas partes, o bien en concentraciones urbanas formadas por inmigrantes que llegaron de los campos a las ciudades en el siglo 19, como ocurrió con los judíos húngaros en Budapest y Viena. Estos grupos minoritarios han existido por miles de años en distintos países.

¿Cuál sería el criterio más laxo para considerar hoy judía a una persona en términos de sus prácticas religiosas? Supongo que lo sería estimar que son judíos, además de los conversos, los descendientes de un padre o una madre o de una abuela o un abuelo judío que, creyendo que el *yom hakipurim* o Día del Perdón es el día más sagrado del judaísmo, acuden a una sinagoga en esa fecha cada año, incluso si ya no conocen ni pueden seguir la *tefilá* (hebreo para plegaria). Estaríamos frente a menos del 0,2% de la humanidad; cerca de siete millones de personas en todo el mundo, concentradas en algunos países europeos y americanos, amén del Estado de Israel. Es decir, algo así como la mitad de la población judía mundial actual que las estadísticas demográficas

estiman en catorce y medio millones de personas. En breve, hay muchos más chilenos que judíos en el mundo.

Corresponde ahora clarificar otro asunto básico, y que será una sorpresa para muchos lectores, tanto en occidente como en oriente. El judaísmo no es la forma de vivir del pueblo de la Biblia, esto es, el conjunto ancestral de escritos hebreos que los cristianos bautizaron como *Antiguo Testamento* y que de manera ecuánime correspondería denominar hoy la Biblia judía. Comenzaré la justificación de esta tesis resumiendo las tres grandes divisiones de la Biblia judía: *Toráh*, *Nevím* y *Ketuvím*. Y luego explicaré por qué el judaísmo no es la forma de vivir del pueblo cuya historia narra la Biblia judía. Comencemos.

*Toráh* significa “enseñanza” o “ley” (de la raíz “or”, luz) y consiste en los cinco rollos o libros de la ley de Moshé (*Bereshit*, *Shemot*, *Vaykra*, *Bamidbar* y *Dvariim*), conjunto llamado *Jumash* (de “jamesh”, hebreo para cinco) por los judíos y que los monjes cristianos europeos tradujeron al griego como “Pentateuco”, lengua en la que son conocidos de manera universal cada uno de ellos: *Génesis*, *Éxodo*, *Levítico*, *Números* y *Deuteronomio*. En *Génesis* comienza la historia sagrada con el relato del origen del mundo: “En el principio, D’s creó los cielos y la tierra...” (en hebreo, *Bereshit bará Elokim et hashamaiim veethaharetz...*), tal vez la más conocida primera línea de texto alguno. En el sexto y penúltimo día de la primera semana es creado Adam (de las palabras hebreas para “tierra” o polvo, *adamah*, y para “sangre”, *dam*) y su mujer, Java (de la voz para “vida”), la primera pareja humana, el origen de la familia humana.

Los seres humanos serían las únicas creaturas que D’s ha hecho “a su imagen y semejanza”. ¿Qué quiere decir esto? La “imagen y semejanza” de la omnisciencia divina es la posibilidad humana de conocer; de la divina

providencia, el trato entre los seres humanos que evita oprimir y maltratar al prójimo; y, en último lugar de la mención pero no el de menor importancia, la “imagen y semejanza” de la omnipotencia divina sería la libertad humana individual.

Al crear al ser humano, la omnipotencia divina se auto-limitó. La creatura puede desobedecer Sus órdenes, preceptos o mandamientos. La ley divina solo contenía una normativa en el jardín del Edén, una obligación de abstinencia: no comer el fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal, porque el día que lo hiciera, el ser humano quedaría condenado a morir. Pero, como leemos en *Génesis*, Adam y Java, que son libres, violan el único mandamiento existente hasta entonces, nada menos que el precepto cuya observancia aseguraba vivir para siempre, ¡y sin tener que trabajar a disgusto! Solo dedicarse a cultivar el jardín del Edén.

A la consecuente expulsión del paraíso terrenal del padre y la madre de la humanidad sigue la decadencia moral de sus descendientes, o el repetido mal uso de su libertad, una cadena cuyo primer eslabón es su primogénito, Caín, quien asesina a su hermano Javel. Esta decadencia crece durante las siguientes diez generaciones, hasta el prudente Noaj, y culmina con el diluvio universal, fenómeno meteorológico causado por el Creador para purificar Su creación. Solo sobreviven en un arca o barcaza Nóaj (quien se convierte, por así decirlo, en un segundo Adam), sus tres hijos y sus mujeres. Shem, el nombre de uno de sus hijos, es la raíz de “semita”.

Diez generaciones después de Nóaj nace Avraham (del hebreo “padre de pueblos” o patriarca). Un nuevo proceso de decadencia moral, causado por el mal uso de su libertad, ha ocurrido. Los seres humanos han olvidado al Autor del Mundo. Avraham redescubre por sí mismo y en medio de la universal

idolatría en la que vive la humanidad, la existencia del Creador, que es único, eterno, omnipotente, justo y misericordioso o providencial; es decir, que se preocupa por el destino individual de cada ser humano. Avraham supera diez severas pruebas de su lealtad. La primera es dejar “tu país, tu patria y la casa de tu padre”. La última es la orden divina de sacrificar a Yitzjak, su propio hijo, un sacrificio que, en el último minuto, no se consuma. Superadas estas diez pruebas, el Creador hace una alianza, contrato o pacto con Avraham, que es sellado con su propia circuncisión y, en adelante, con la de todos los varones en su descendencia al octavo día de su nacimiento.

La lealtad de Avraham es premiada de diversas maneras. D's le promete que su descendencia heredará el país de Cana'an (que se convierte por eso en la Tierra Prometida); que su descendencia se multiplicará hasta que sea “como las estrellas del cielo y las arenas de las playas”; y que en ella serán benditas “todas las familias de la Tierra”. Lejos lo más sorprendente es la promesa que con su esposa, Sarah, concebirán un hijo, a pesar de que ambos son ya ancianos. Por sugerencia de Sarah y ante su esterilidad, el patriarca Avraham ya había engendrado a Yishmaíl con Hagar, la criada egipcia de Sarah, quienes según la genealogía bíblica, serían el origen de los ismaelitas, una parte de las diversas tribus nómades que constituyeron el pueblo árabe. Con Sarah engendra a Yítzjak cuyo nombre quiere decir “Riendo”, una alusión a la risa de incredulidad con que Avraham reacciona ante la enormidad de la promesa divina, risa que luego comparten también Sara e Ishmaíl. Por la voluntad divina, Yítzjak, el menor de los dos hermanos, hereda la alianza o pacto del Autor del Mundo con Avraham.

Casado con Rivka, Yítzjak engendra a los mellizos Esav y Ya'akov, nombre este último cuyas variantes incluyen a Jacobo, Diego, Iago, Jacques, Jaime, James y Tiago (como en San *Tiago*). Ya'akov lucha durante una noche con un ángel quien, antes del amanecer, cambia su nombre a “Yisrael” (el que

luchó con D"s). Más tarde compra por "un plato de lentejas" (en hebreo dice un plato de un cocido rojo) la primogenitura o derecho a heredar la bendición divina de Esav, su hermano mayor. En su lecho de muerte de Yítzjak, su padre, Ya'akov la recibe, gracias a un engaño planificado por Rifka, su madre, quien explota la ceguera de su marido para evitar que su hijo primogénito, que es un cazador violento y promiscuo, la herede.

Los doce hijos varones (además de una hija, Dinah) que Ya'akov engendró con sus dos mujeres (Lea y Rajel), así como con sus respectivas sirvientas (Bilhá y Zilpá), se convierten más adelante en las cabezas de las doce tribus de Yisrael: Reuvén, Shimón, Leví, Yehuda, Dan, Naftalí, Gad, Asher, Yisajar, Zevulún, Yosef y Binyamín, los llamados "Hijos de Yisrael" o israelitas, el pueblo hebreo. No hay que confundir este último término con "israelí", la voz que designa a los ciudadanos del actual Estado de Israel (sean éstos de nacionalidad árabe, drusa o judía). Ni, tampoco, con "hebreo", de la palabra "iver", el que cruzó, una alusión a Avraham (llamado "Ha ivrí", el que cruzó) en el párrafo de *Génesis* en que el Creador le ordena marchar de "tu país, tu patria y la casa de tu padre a la tierra que Yo te mostraré".

Concluye *Génesis* con el relato de la milagrosa carrera funcionaria que Yosef, el bisnieto de Avraham y favorito de su padre Yisrael, hace en Egipto luego de que, por envidia, sus hermanos lo venden como esclavo a una caravana de mercaderes que lo lleva hasta dicho país. Allí, después de un inicio auspicioso trabajando para Potifar, termina en la cárcel acusado de acoso sexual por la mujer de éste. El Faraón tiene un sueño que sus magos son incapaces de descifrar: "siete vacas hermosas y rollizas" salen del Nilo y comienzan a pastar, luego salen "siete vacas de mal aspecto y flacas" que las devoran.

Yosef sale de la cárcel e, inspirado por D"s, interpreta el sueño: se trata de siete años de abundancia que serán seguidos por siete años de escases. Conociendo el futuro, está claro qué hay que hacer. Para poner en marcha su plan, Yosef es convertido por el Faraón en virrey de Egipto. Así comienza la acumulación de granos, que serán utilizados cuando lleguen "las vacas flacas". Desde esta posición y con el acuerdo del Faraón, Yosef patrocina la inmigración de los setenta miembros de la familia de su padre, los Hijos de Yisrael, a la Tierra de Góshen para escapar de una hambruna que azota a Cana'an. El libro del *Génesis* concluye con su muerte, luego de comprometer a sus descendientes a llevarse consigo sus huesos cuando regresen a la tierra de sus antepasados.

*Éxodo*, el segundo libro de la Torah, relata los sucesos desencadenados por un faraón posterior, "que no conoció a Yosef", quien esclaviza a los Hijos de Yisrael y los somete a múltiples abusos, incluida la matanza de sus hijos varones. Luego de escuchar sus lamentos, el Autor del Mundo decide hacerlos salir de Egipto, enviando a Moshé para pedir al Faraón que "deje ir a mi pueblo". Esto solo ocurre luego de las diez *plagas* (en hebreo, *aseret hamakot*, los diez *golpes*): el agua del Nilo se convierte en sangre; ranas; piojos; moscas; peste sobre el ganado; úlceras; truenos y granizo; langostas; tres días de tinieblas; y la muerte de los primogénitos.

Cuando el Faraón por fin autoriza y ordena la salida de los Hijos de Yisrael, según la historia sagrada, los sigue una "gran muchedumbre" o "multitud mezclada" (*erev rav*, en hebreo). Son otros esclavos que, si bien no descienden de Ya'akov, entusiasmados con los portentos que D"s está haciendo para forzar la salida de los israelitas, deciden seguir también a Moshé. Ambos grupos cruzan "por lo seco" un mar abierto de par en par. La culminación del segundo libro del Pentateuco es la entrega de la Ley, los diez mandamientos, en el monte Sinaí, a los Hijos de Yisrael y a la "gran

muchedumbre” o “multitud mezclada”, quienes al aceptarla pasan a constituir el “Pueblo Elegido”:

1. Yo soy El Señor, tu D”s, que te sacó de la tierra de Egipto, la casa de los esclavos.
2. No tendrás otros dioses delante de mí y no te harás para ti ídolos.
3. No tomarás el nombre de El Señor en vano.
4. Recuerda el día sábado para santificarlo.
5. Honra a tu padre y a tu madre para que se alarguen tus días en la tierra buena que El Señor, tu D”s te dio.
6. No matarás.
7. No cometerás adulterio.
8. No robarás.
9. No levantarás falso testimonio en contra de tu prójimo.
10. No codiciarás la casa de tu vecino, ni su mujer, ni su sirviente, ni nada suyo.

A continuación y en analogía con la transgresión de Adam y Java/Eva en el Jardín del Edén, el Pueblo Elegido rompe su compromiso con el Creador del Mundo y adora un ídolo: el becerro de oro. Termina el libro narrando la construcción del Tabernáculo, la tienda móvil en la que se custodiaba el arca que guardaba las dos tablas de la Ley que Moshé recibió en Sinaí. Este era un cofre pequeño y que no ha de ser confundido con el arca o barcaza de Nóaj.

*Levítico*, el tercer libro de la Ley de Moisés o Torah, recoge las prescripciones para los *kohanim* o sacerdotes, los descendientes por varonía de Aharón HaKohen, el hermano mayor de Moshé que regulan desde su ordenación hasta los distintos tipos de sacrificios que les está permitido hacer a ellos (y solo a ellos): animales (toros, corderos, vacas y palomas) y las demás

ofrendas (como aceite, incienso, harina y pan); y, en general, las reglas referentes a la pureza y a la impureza en la comida, la vida sexual y el derecho de familia.

Al Pueblo Elegido le queda prohibido comer casi todos los insectos y los productos de insectos (con la sola excepción insectos con alas y cuatro patas, como la langosta, y la miel de abeja). También ciertos animales y aves, tanto los omnívoros, los carnívoros y los carroñeros (cerdos, leones, tigres, panteras y hienas así como águilas, halcones y buitres). Son *aptas para el consumo* de los judíos (*kasher* en hebreo), ciertas aves (patos, pavos, pollos, gansos y palomas) así como todos los granos, las frutas y las hortalizas. Algunos dicen “*kósher*”, que es la pronunciación de esa voz en *yídish* o “judío”, el dialecto medioeval alemán con vocabulario hebreo que hablaron hasta la *shoa* los judíos del norte de Europa.

De los animales terrestres solo son *kasher* los mamíferos cuadrúpedos herbívoros y ruminantes “de pezuña partida, hendida en dos mitades”. Es decir, están permitidos la cabra, el ciervo, el cordero, la gacela, la jirafa, la oveja y la vaca. Pero están prohibidos todos los demás, incluidos el canguro, el cerdo, el puma, el elefante, la jirafa, el león y el ratón. De lo que vive en mares, lagos y ríos solo es *kasher* lo que tiene “aletas y escamas”. Es decir, entre otras, la corvina, la reineta, el salmón y la sardina. Pero están prohibidos, entre otros peces, la albacora, la ballena, el congrio, el delfín, la lija y el tiburón (tienen aletas, pero no tienen escamas) así como el centollo, el cocodrilo, el erizo, la langosta, la macha y el pulpo (que no tienen ni aletas ni escamas).

*Números*, el cuarto libro de la Torah, relata los “cuarenta años de travesía por el desierto” de los seiscientos mil hombres “sin contar los niños” que salieron de a pie de Egipto en el éxodo, hasta justo el momento antes de

su entrada en la Tierra Prometida. Esto último solo podrá ocurrir cuando haya muerto la generación que nació en la esclavitud y salió de Egipto. Este largo lapso era necesario, según los comentarios rabínicos, porque quienes han nacido y vivido como esclavos son incapaces de ser libres. Una cosa es haber dejado de ser un esclavo y otra cosa, bien distinta, es ser libre. Para dejar de ser esclavo basta con ya no ser la propiedad de otro, que puede ordenarle a uno cualquier cosa y hacer con uno lo que quiera. Pero para ser una persona libre, además, hay que tener iniciativa propia respecto de uno mismo, una capacidad que nacer y vivir como esclavo impide desarrollar.

*Deuteronomio*, el quinto y último libro del Pentateuco, es la “repetición de la Ley” (es decir, todo lo anterior) que hace Moisés en sus últimas cinco semanas de vida, y concluye con su muerte, a los 120 años, luego de contemplar, desde la cima del Monte Nebo, la Tierra Prometida o País de Yisrael. Por disposición divina, él no podrá entrar. El Pueblo Elegido lo conquistará bajo el liderazgo de su colaborador y sucesor Yeshua (origen hebreo del nombre que, luego de pasar por el griego, deviene en “Jesús” en castellano).

La segunda gran división de la Biblia judía es *Neviím* o Profetas (del plural hebreo para *nave’eh*, “visionario”), y contiene los libros atribuidos a éstos; a saber, Yoshua (Josué), Shoftim (Jueces), Shmuel (Samuel), Malajim (Reyes), Yeshaiahu (Isaías), Iermiahu (Jeremías) y Yejezkiel (Ezequiel). Y, también, los libros de profetas que, solo por la corta extensión de sus textos, son denominados profetas “menores”: Oshea (Oseas), Yovel (Joel), Amós, Obadías, Jonás, Miqueas, Nahúm, Habacuc, Sofonías, Ageo, Zacarías y Malaquías. Estos textos reiteran la predilección de D’s por los débiles. En la Toráh, el Creador favorece a los hermanos menores: Yitzjak por sobre Yishmaíl; Ya’akov por sobre Esav; y, por último, Iosef y Biniumín, los dos hijos menores de Ya’akov, por sobre sus diez hermanos mayores. Ahora, en *Neviím*,

el favorecimiento de los débiles se expresa en referencias a “las viudas, huérfanos y extranjeros que moran en tus puertas” a quienes, insisten los profetas, es incorrecto oprimir de forma alguna, lección que los hebreos no tendrían derecho a olvidar “porque esclavos fuisteis en la tierra de Egipto”.

La tercera y última división de la Biblia judía es *Ketuvim*, las escrituras, y comprende los libros de salmos, proverbios y de Job, más los textos del Cantar de los Cantares, Rut, Lamentaciones, Eclesiastés, Ester, Daniel, Ezra-Nehemías y Crónicas. Al conjunto estos textos, que totaliza más de mil páginas en la edición de la Santa Biblia de la Biblioteca de Autores Cristianos publicada en Madrid en 1957, los judíos llaman *Tanaj* (una sigla formada con la consonante inicial de cada una de las tres divisiones de la Biblia judía: *Toráh*, *Neviim*, *Ketuvim*, puesto que la “K”, cuando está al final de una palabra hebrea, toma el sonido suave “J”) y que, a su debido tiempo, los cristianos bautizaron de *Antiguo Testamento*.

Por fin, luego de este largo periplo, estamos en condiciones de volver a la aseveración –que, como ya señalé, pudiera resultar sorprendente para lectores tanto occidentales como orientales– según la que el judaísmo, la forma de vivir de los judíos, no es la forma de vivir del pueblo cuya historia narra la Biblia judía, el *Tanaj*, el *Antiguo Testamento* de los cristianos. En rigor, el judaísmo emerge del comentario, la adaptación y la interpretación de dichos textos sagrados que hicieron los rabinos luego de la destrucción del segundo Templo de Jerusalén por los soldados romanos liderados por Tito en el año 70 de la era común o cristiana. Hasta entonces los rituales asociados con el sacrificio de diversos animales en el Templo ocupaban el centro de la vida comunitaria. Ésas eran las prácticas que daban su contenido a la identidad judía, tal como ya había ocurrido con el primer Templo, construido por Shelomó HaMelej, el hijo de David, el conquistador de dicha ciudad montañosa y en la que reinó por cuarenta años hace tres milenios.

Destruído el segundo templo, se interrumpieron para siempre los sacrificios porque, luego de su construcción, quedó prohibido hacerlos en cualquier otro lugar. ¿Qué justificó esta restricción? Encontramos una explicación racionalista en la obra del rabino Moshé ben Maimón, quien firmaba sus obras como HaSefaradí o El Español por haber nacido y vivido su juventud en Córdoba en el siglo 12, y que es llamado por los judíos “Rambam” mientras que la inmensa mayoría lo conoce como “Maimónides”, la versión helenizada de su nombre difundida por los monjes cristianos medioevales. Según el Rambam, el Creador decretó que solo los descendientes por varonía de Aharón HaKohen, los *kohanim* (los sacerdotes), pudieran sacrificar animales y que solo pudieran hacerlo en un sitio, primero en el altar móvil del Tabernáculo y, luego, en los altares del Templo de Jerusalén. Su propósito habría sido apartar de manera gradual al Pueblo Elegido de los sacrificios de animales, una manera tan temprana como universal y tosca de vivir lo sagrado.

Cuando el Templo dejó de existir, los rabinos arrebataron el control de la identidad del pueblo cuya historia narra la Biblia judía de las manos de los *kohaním* (plural de la palabra hebrea kohen, sacerdote, y origen de los apellidos Cohen, Cohn, Kogan, Kohen, Kohan, Kohn y Sacerdotte). En adelante, la *halajá* (del hebreo para “camino”, la ley judaica), administrada por los “doctores de la Ley” (es decir, los rabinos), pasó a definir la forma de vivir o identidad del pueblo judío, instaurando dos formas de devoción por completo diferentes: el estudio de los textos sagrados (el *Tanaj* y el *Talmud*, más tarde también la *Kábala*) así como sus comentarios y, del otro lado, “la ofrenda de mis labios”, es decir, las distintas oraciones o rezos asociados con los diversos rituales que tienen lugar tanto en el hogar judío como en la *beit midrash*, la casa de estudios (judaicos), institución hasta entonces periférica y que es hoy más conocida por su denominación griega, la sinagoga. Estas transformaciones fueron radicales.

La mesa familiar tomó el lugar del altar de sacrificios en el Templo. Y el padre tomó el del *kohen*. Los sacrificios de animales y las ofrendas de harina, las prácticas del Pueblo Elegido, aquel cuya historia narra la Biblia, fueron reemplazados por ese hablar que alaba, ruega o agradece al Creador, una manera nueva de vivir lo sagrado. Sin intención de ofender a nadie lo diré en términos polémicos: según la respuesta existencial *los judíos deben su existencia a Roma*. Porque si el ejército romano liderado por Tito no hubiera destruido el segundo Templo de Jerusalén, el sacrificio de animales en dicho recinto hubiera seguido siendo la práctica definitoria de la forma de vivir de los judíos.

En suma, las respuestas de corte existencial o costumbrista cubren la mitad del rango abierto pero acotado de respuestas a la pregunta *prima facie* humana acerca de quiénes son los judíos. Según éstas los judíos serían las personas cuya forma de vivir está regida por un conjunto de prácticas contenidas en el *Talmud*. Y que se esmeran en el estudio de los comentarios y la práctica diaria de las reglas establecidas por sus sabios, buscando educar así a sus hijos desde la más temprana infancia.

El judaísmo no es la forma de vivir del pueblo cuya historia narra la Biblia. Más que una ortodoxia o conjunto de creencias correctas, el judaísmo consistiría en lo que denominaré con el neologismo “ortopraxis”, un conjunto de *prácticas reverenciales* que se despliegan, como veremos a continuación, en tres grandes frentes: los días y períodos festivos del calendario judío; la alimentación; y la pureza de la vida familiar.

El *día* sagrado que encabeza las ocasiones reverenciales o festividades del calendario judío es, por cierto, el *shabat* (hebreo para “descansó”), un conjunto de rituales que constituye un testimonio conmemorativo semanal del relato inaugural en *Génesis*. A saber, el que culmina cuando, luego de concluir

Su obra en el día sexto y traer a la existencia a la única creatura hecha a Su imagen y semejanza, el Creador del Mundo descansa y de esta manera santifica ese día (es decir, hace de él un “sacrificio”, un tiempo apartado de los demás días). La abstinencia de trabajos profanos entre el atardecer del viernes y el atardecer del sábado permite *consagrar* tiempo al culto divino en los hogares, propiciando así la unidad familiar, y en la sinagoga, donde además se estudian los libros sagrados, lo que fomenta la unidad comunitaria.

En el hogar el *shabat* o sábado se inicia cuando, luego de múltiples preparativos culinarios y de otras especies, la madre pronuncia la correspondiente bendición y prende dos velas al atardecer del viernes. El ritual continua en torno a la mesa con las bendiciones de los hijos y de la esposa por el padre, así como el *kíduh* (hebreo para “santificación”): las bendiciones que corresponde decir antes de beber el vino, luego de lavarse las manos y antes de comer el pan. Durante la cena ritual los comensales cantan salmos y canciones tradicionales y conversan acerca de temas bíblicos. La ocasión termina con la larguísima bendición después de las comidas. Los rabinos determinaron que se vuelve fácil olvidar a Quien corresponde agradecer por el sustento cuando ya se ha comido, motivo por el que hicieron de esta la bendición más larga.

A la mañana siguiente la celebración del *shabat* o sábado continúa en la sinagoga, con el servicio de *shajarit* (cuyo origen se atribuye al patriarca Avraham), que incluye la lectura de una porción de la *Toráh* (con lo que, en un año, se leen los cinco libros que la componen) y de otra sección tomada de *Neviím*, con una duración de tres horas. Luego viene un segundo *kíduh* seguido por el almuerzo ritual del mediodía del sábado y un período de estudio del *Talmud*; a continuación, el servicio vespertino o *minjá* (atribuido a Yítzjak) y la lectura de otra parte de la *Toráh*; y aun una tercera cena, poco antes del atardecer del sábado, y el servicio nocturno o *maariv* (atribuido a Ya’akov). El

*shabat* concluye con la *avdalá* (del hebreo para “diferenciación”) el ritual que separa el *shabat* del resto de la semana. Luego de *avdalá*, las tareas profanas vuelven a estar permitidas.

Desde el punto de vista costumbrista, el *shabat* es la principal ocasión ritual judía. Para comenzar, por ser la ceremonia más frecuente; es decir, la que más oportunidades ofrece a los judíos de una sociabilidad peculiar, basada en la común aceptación de la fuente histórica de la identidad judía, una peculiar manera de vivir lo sagrado, es decir, de acercarse al Creador. De ahí la sagaz observación de Ahad Ha'am, ensayista israelí nacido en Ucrania, *más que que los judíos guardaran (preservaran) el sábado, fue el sábado el que guardó (preservó) a los judíos*. Según la respuesta costumbrista, cuando los judíos dejan de cuidar el sábado, comienza a desmoronarse su identidad judía. Y, en sentido opuesto, cuando comienzan a cuidar el sábado ésta comienza a fortalecerse.

El *período reverencial o festivo* más antiguo del judaísmo son los ocho días de *pésaj* o el Salto, la Pascua judía. Este nombre deriva del sustantivo formado a partir del verbo hebreo *lifsoaj*, saltar. Alude a que el Creador del Mundo se saltó las casas de los Hijos de Yisrael cuando, en la última plaga o golpe a Egipto antes del éxodo, mató a todos los primogénitos, desde el primogénito del Faraón y de todos sus súbditos hasta el primogénito de cada animal, hasta el último burro y el último gallo. Su centro es el llamado *Séder de Pésaj*, el Orden de el Salto, que se celebra las dos primeras noches. Esta comida ritual anual conmemora y narra la salida de Egipto. Su público principal, como tantas veces en el judaísmo, son los niños que participan en la comida. Para captar su atención, por ejemplo, al mencionar la plaga de las ranas, en algunos hogares, se arrojan ranas plásticas sobre la mesa.

*Séder* es la palabra hebrea para orden, y alude a los sucesivos estadios de lecturas y comidas, entre los que destaca la ingesta de *matzá*, o pan ázimo, el origen remoto de la eucaristía y de la deglución de la hostia en el cristianismo. El *Séder de Pésaj* fue el ágape que reunió a Yeshua/Jesús con sus discípulos en el último viernes de su vida terrenal, el Viernes Santo. Todo eso ocurrió la noche antes de que fuera apresado por los soldados romanos, juzgado y condenado a muerte por Poncio Pilato, el prefecto de la provincia romana de Judea, y crucificado por miembros de su guardia. Cuando los cristianos rompieron con el judaísmo hicieron de dicha ocasión la Última Cena.

Termino los ejemplos de días y períodos reverenciales o sagrados, los sacrificios del calendario judío, con los *iamim noraim* o (diez) días tremendos. Éstos comienzan con *rosh hashaná* o año nuevo y concluyen con *yom hakipurim* o día de los perdones. En este último día, que es un ayuno completo de líquidos y sólidos durante veintiséis horas, luego de haber solicitado en los nueve días anteriores el perdón de las personas a quienes ofendió durante el año, el judío practicante se enfrenta al Creador y le ruega que perdone también las propias transgresiones a Sus mandamientos incurridos en dicho período y que le conceda vivir un año más.

A los rituales anteriores se suman otros, que marcan el nacimiento de los varones y su circuncisión o *brit milá*, según ya mencioné, la señal de su ingreso al Pacto de Avraham con el Creador del Mundo, momento en el que el bebé recibe su nombre hebreo y comienza su incorporación a la comunidad; el *bar mitzvá* o mayoría de edad religiosa que los varones alcanzan a los 13 años, o *bat mitzvá* que, en el caso de las mujeres, ocurre a los 12 años; así como los demás rituales relacionados con el matrimonio y con la muerte.

La vida del judío practicante transcurre en un mundo que, como ocurría

también en el medioevo europeo, está empapado de normatividad y de sacralidad, la percepción de la presencia divina. Al despertar, éste proclama su agradecimiento al Creador por haberle devuelto el alma, y continúa tres veces al día con los rituales asociados con el amanecer (*shajarit*, la plegaria que la tradición atribuye a Avraham), el atardecer (*ma'ariv*, que correspondería a Yitzhak) y el anochecer (*arvit*, que inició Ya'akov). Bendice al Creador por cada cosa que come. E, incluso, ¡por descomer! Luego de este último trance corresponde decir: “Bendito seas tú Mi Señor, Rey del Universo, que has creado al hombre con agujeros que se abren y se cierran, porque se sabe que, si se abren demasiado o se cierran demasiado, es imposible vivir y alabarte”. Y, si tiene ocasión, antes de morir, el judío practicante musita la confesión de fe judaica: *Shemá Israel, Adonai Elokeinu, Adonai Ejad* (esto es, “Escucha, Israel, el Señor es Nuestro Dios, el Señor es uno”).

La ortopraxis reverencial judaica, la respuesta existencial o costumbrista a *quiénes son judíos*, se despliega en un segundo frente: la ya mencionada *kashrut*, el conjunto de reglas que gobiernan la alimentación permitida a los judíos practicantes. Es decir, la *halajá* o jurisprudencia rabínica surgida de interpretar las categorías de alimentos aptos para el consumo de los judíos, mencionadas en *Levítico*, y la elaboración de las correspondientes reglas en el *Talmud*. Así, por ejemplo, de la prohibición de la *Toráh* “no cocinarás el cabrito en la leche de su madre” (*Éxodo* 23: 19) surgieron las reglas que prohíben el consumo simultáneo de ningún producto cárneo (incluyendo las aves, aunque no los peces) y lácteo, así como las que prescriben utilizar vajillas separadas para cárneos y para lácteos e, incluso, lavarlas en fregaderos distintos.

Aunque hay diversas explicaciones de esta prohibición, presentaré solo una de ellas. La *Toráh* prohíbe comer un trozo de un animal que aún está vivo. Para comer carne primero hay que degollar el animal, es decir, verter sangre. Pero los animales terrestres permitidos son todos mamíferos, es decir,

creaturas que, en su primera etapa, viven solo de leche. Así, mezclar lácteos con cárneos sería equivalente a mezclar la vida y la muerte, una confusión normativa mayor.

Aun los animales que en principio son *kasher*, solo son aptos para su consumo por judíos si han muerto degollados, según las normas de la *halajá*, por un *shojet* o matarife judío. Este es un título rabínico, obtenido luego de años de estudio. El *shojet* tiene que comprobar que el animal haya estado sano y que diversos órganos estén libres de malformaciones, que también lo volverían inapropiado para la alimentación del judío. Los rabinos diseñaron también reglas y procedimientos para garantizar que sean *kasher* incluso las frutas, hortalizas y verduras, las que, en principio, están todas permitidas.

Un tercer ámbito de prácticas reverenciales define la identidad judía según la *halajá*. Este dice relación con la *tajarat mishpajá*/pureza de la familia. Este conjunto de reglas prescribe, para comenzar, quiénes pueden formar una familia y procrear, y quiénes no. Su esencia es la definición de las relaciones que son adúlteras o incestuosas, las que están prohibidas. Pero se extienden también a las reglas acerca de cuándo está permitida la intimidad conyugal y a los procedimientos para determinar si esas condiciones se han cumplido (por ejemplo, que haya finalizado la menstruación), así como cuándo corresponde tomar el baño ritual (*mikvé* en hebreo) tanto a hombres como a mujeres.

Providos de esta información podemos, por fin, resumir la respuesta existencial o costumbrista a la pregunta *prima facie* humana acerca de quiénes son los judíos. Judíos, en tales términos, serían quienes pertenecen a una comunidad que estudia y observa las prácticas reverenciales del judaísmo; es decir, quienes cumplen las reglas que gobiernan sus días y períodos festivos; su alimentación (*kashrut*); y la pureza de sus familias (*tajarat mishpajá*). En la

primera década del siglo XXI, hay en todo el mundo solo un millón y medio de personas que lo hacen con el máximo rigor, con estándares que varían entre las distintas comunidades y según el rito que éstas sigan.

Antes de pasar a la otra mitad del rango abierto pero acotado de respuestas a la pregunta *prima facie* humana acerca de *quiénes son judíos*, esto es, las que son de corte esencialista o judeófobo, quiero señalar algunas direcciones en las que, de contar con más espacio, podríamos expandir la exploración de *cuán diversas son las comunidades que practican el judaísmo*. Es decir, la enorme riqueza del ámbito abierto pero acotado de personas que practican el judaísmo, la clave en las respuestas existencialistas o costumbristas a la pregunta *quiénes son los judíos*.

De un lado, hay comunidades judías que son sucesiones de familias emparentadas y que han practicado el judaísmo sin interrupción desde tiempos inmemoriales, logrando sobrevivir y adaptarse a grandes cambios: de unos países a otros, y de mundos rurales a sociedades urbanas e industrializadas. En otras comunidades, por contraste, la mayoría son “arrepentidos” o *baalei tzchuvá* (del hebreo “dueños” del “arrepentimiento” o del “regreso”, los arrepentidos de su alejamiento del judaísmo). A saber, personas que emprenden la *tzchuvá* (hebreo para “regreso”) al judaísmo y que adoptan las reglas rabínicas buscando así dar sentido a sus vidas, esmerándose por obedecerlas cada vez de manera más informada y estricta, aunque han nacido en familias que no practicaron el judaísmo, incluso por generaciones.

La tesis que el judaísmo es racista *porque se hereda por la madre* es un aún otro caso en el que de una verdad se infiere una calumnia. Una cosa es que, para los judíos observantes o practicantes, la identidad judía se herede por la madre. Si la madre es judía, el hijo (sí, incluyendo *la hija*) es judío. Otra

cosa es que, si bien el judaísmo dejó de ser proselitista hace más de un milenio y medio, sea ahora imposible convertirse al judaísmo. Y aún otra, muy diferente y falsa, es que sea imposible convertirse al judaísmo. Esto último siempre ha sido posible y ocurre aún hoy, incluso en las comunidades ortodoxas si bien, por cierto, los conversos al judaísmo sean solo un puñado de individuos. Grandes autoridades rabínicas fueron conversos ya en la época antigua, como Avtalión (un gentil que de Verdugo Jefe y luego de convertirse alcanzó gran reputación en la época anterior a la *Mishná*).

Una fuente adicional de diversidad entre quienes practican el judaísmo —es decir, quienes viven como judíos— son los distintos ritos que siguen las distintas comunidades. Existe el rito ashkenazí (de la voz bíblica *Ashkenaz*, que es usual asociar con Alemania) observado por los judíos cuyos antepasados habitaron en el centro-norte de Europa, Alemania, Polonia, los países bálticos y Rusia. Hay también un rito *italkí*, propio de los judíos residentes en Italia, en especial en Roma, desde mucho antes de la destrucción del segundo templo. También existe el rito sefaradí (de *sefarad*, voz hebrea asociada con España), es decir, el rito que siguen quienes fueron expulsados en 1492 y emigraron a lugares tan distintos como Bulgaria, Grecia, Holanda, Grecia y Turquía. Hay también ritos asociados con quienes habitaron en países árabes del norte de África, como Algeria, Marruecos o Túnez, y hasta los del Medio Oriente, como Egipto, Irak y Siria.

Por último, además de las diferencias entre comunidades cuya mayoría descende de familias que nunca abandonaron la práctica del judaísmo y esas otras en las que la mayoría son primera generación en dos o más generaciones en practicarlo, y de las diferencias que establecen los distintos ritos, hay otra fuente de diversidad: el rigor de la práctica. Quienes viven como judíos se dividen en tres grandes grupos, que mencionaré en su orden de aparición en la historia: los ortodoxos, los reformados o liberales o progresistas y, por último,

los conservadores.

Cada uno de estos grupos tiene, además, variantes internas. Los judíos ortodoxos son, por cierto, el grupo más antiguo y comprenden a los jaredí o “ultra- ortodoxos”; los jasídicos o místicos, grupo fundado en el siglo 18 por el rabino Israel Baal Shem Tov; y los “ortodoxos modernos”. Los judíos reformistas, liberales o progresistas, un movimiento iniciado en Alemania por los rabinos Abraham Geiger (1810-1874) y Samuel Holdheim (1806-1860) quienes, ya en la primera mitad del siglo XIX, sostuvieron que eran *alemanes de religión mosaica* y propusieron conservar del judaísmo solo la ética y abandonar tanto la *kashrut* y la *tajarat mishpajá*, la regulaciones rabínicas de la alimentación y de la vida sexual.

Y, por último, están los judíos conservadores o *masortí*, un grupo que reaccionó en contra del anterior, también en Alemania, siguiendo el liderazgo del rabino Zecharias Fraenkel (1801-1875). Floreció a partir del siglo 20 en los Estados Unidos de América, en México, en Brasil, en la Argentina gracias a los esfuerzos del rabino estadounidense Marshall Meyer (z.l.), fundador en 1962 del Seminario Rabínico Latinoamericano en Buenos Aires, cuyo impacto alcanzó hasta Chile con sus discípulos. De los tres grupos recién mencionados, jaredí, reformistas y conservadores, este último es hoy el más numeroso en el mundo.

Dejaré hasta aquí la elaboración de respuestas acerca de la identidad de los judíos basadas en la práctica del judaísmo. Pero, antes de hacerlo, quiero reiterar la conclusión. Los judíos son una minoría de la humanidad, casi insignificante en términos numéricos, pero que contiene un sorprendente grado de diversidad respecto de cómo corresponde vivir. Ha llegado el momento de considerar la otra mitad del rango abierto pero acotado de

respuestas a la pregunta *quiénes son los judíos*, las que son de corte esencialista o judeofobo. Destinaré a ella menos espacio aquí que a la anterior, no por su falta de interés intrínseco, que también lo tiene, sino porque, me parece, resulta más familiar que la respuesta existencialista o costumbrista para el gran público occidental, incluso para el gran público oriental.

Más que apuntar a sus costumbres y prácticas, la clave del asunto según las respuestas de corte esencialista o judeofobo se encuentra en que estamos frente a personas con una *naturaleza* peculiar, en extremo poderosa y maligna así como, sobre todo, avara, cruel, inteligente y con una inusual capacidad comercial y de usura. En suma, según sostuvieron muchos pensadores y líderes cristianos a partir del medioevo, los aliados mismos del demonio.

Esta tesis estaría avalada por muchas instancias, comenzando con el supuesto deicidio, el crimen del rabí y líder judío Yeshua (de Nazaret), del que los judíos fueron culpados por las iglesias cristianas durante dos milenios. Esta acusación, reiterada por más de milenio y medio, como ya señalé, abrió y pavimentó el camino para la *shoa*. Hasta aquí, solo la Iglesia Católica Apostólica Romana ha absuelto a los judíos de esta infamia con la proclamación el 28 de octubre de 1965 (es decir, veinte años después de la *shoa*) de *Nostra Aetate* por el Papa Paulo VI.

Esta declaración apostólica sobre las relaciones con las religiones no cristianas, acordada por el Concilio Vaticano Segundo, reconoció las raíces judías del cristianismo. Esta modificación revolucionaria del auto-entendimiento de la identidad católica apostólica romana se logró gracias al liderazgo ejercido, entre otros, por dos sacerdotes y teólogos germano parlantes, que actuaron como expertos en teología del Concilio Vaticano Segundo: el alemán Joseph Ratzinger (más tarde, Papa Benedicto XVI) y el suizo Hans Küng. Respecto de

los judíos, en su parte sustantiva, *Nostra Ætate* sostiene que:

...las autoridades judías y quienes siguieron su liderazgo presionaron por la muerte de Cristo. Sin embargo, lo que ocurrió en Su pasión no puede ser presentado en contra de todos los judíos, sin distinción, entonces vivos, ni en contra de los judíos de hoy. Aunque la Iglesia es el nuevo pueblo de Dios, no corresponde presentar a los judíos como rechazados o maldecidos por Dios, como si tal cosa se siguiera de las Sagradas Escrituras. Todos debieran velar, entonces, que el trabajo de catequesis o en la predicación de la palabra de Dios no se enseñe nada que no esté conforme a la verdad del Evangelio y el espíritu de Cristo. Más aún, en su rechazo de toda persecución en contra de cualquier hombre, la Iglesia, consciente del patrimonio que ella comparte con los judíos y movida no por razones políticas sino por el amor espiritual del Evangelio, critica el odio, las persecuciones y demostraciones de anti-Semitismo, dirigidas contra los judíos en todo tiempo y por cualquiera.

Este fue el primer paso. Una institución bimilenaria iniciaba un camino largo. Tenía, por así decir, que “acortar el tranco”. Su siguiente hito ocurrió veinte años más tarde, en 1986, cuando el papa polaco Juan Pablo II fue el primer pontífice en dos milenios que visitó la Gran Sinagoga de Roma. Con ocasión de esa visita, para sorpresa de muchos e incluso para escándalo de algunos católicos, el Papa describió a los judíos como sus “hermanos mayores en la fe”. Se trata, qué duda pudiera haber, de un vocativo mucho más acogedor que “asesinos de Dios”.

De estos cambios revolucionarios a nivel doctrinal, por cierto, sería

apresurado concluir que la mayoría del pueblo católico ya no crea que “los judíos mataron a Cristo”. O que los curas dediquen tiempo a enseñar que esa tesis contradice la actual posición oficial de la Iglesia Católica Apostólica Romana. Por otro lado, los cristianos reformados y los evangélicos, si bien tienen una mejor opinión de los judíos que la mayoría de los católicos apostólicos romanos, no han dado paso alguno para absolverlos de la acusación de deicidio.

En suma, según la respuesta esencialista o judeófoba, para determinar si alguien es judío no hay que indagar respecto de cómo vive esa persona, sino en si tiene o no un (o más de un) antepasado judío, por línea paterna o materna, y sin importar cuán atrás éste se encuentre. Por ejemplo, serían judíos todos quienes se apellidan “Santa María” o “Santamaría” o bien que tienen un antepasado con ese apellido. Porque ese apellido fue inventado por Shlomó HaLevi, rabino de Burgos que, mientras arreciaban los feroces ataques a las juderías españolas desencadenados por la prédica judeófoba del cura dominico Vicente Ferrer, a quien su celo dio renombre de santo, se convirtió al cristianismo en 1390 y, en su bautizo, tomó el nombre “Pablo de Santa María”.

Volveré sobre el rabino converso en un momento, pero antes quiero detenerme en la elucidación del adjetivo “converso” que ofreció el Diccionario hasta su vigésima primera edición (2001). Para esplendor de la lengua española, el uso limpio de la voz “converso” se fijó hasta entonces en términos de: “dicho de un musulmán o de un judío: convertido al cristianismo”. Según la Real Academia Española, entonces, la conversión sería un fenómeno unidireccional del islam o del judaísmo al cristianismo. A partir de la vigésima tercera edición (2013), esta tesis fue abandonada y voz quedó elucidada en términos de “Dicho de una persona: convertida a una religión distinta de la que tenía” mientras el verbo “convertir” quedó como “Ganar a alguien para que profese una religión o la practique” dando como ejemplo: “*Se ha convertido al*

*budhismo*".

Nuestro rabino converso tomó como nombre de pila "Pablo" y como apellido "de Santa María" para exaltar su lealtad con su nueva forma de vivir. Esta solución fue imitada por muchos judíos españoles conversos, dando origen a diversos apellidos inspirados en la misma idea, tales como "Demaría", "Depablo", "Cruz", "Iglesias", y "Santa Cruz". Incluso el apellido "Correa" podría derivar de "filacteria" (en hebreo, *tefilim*), en la segunda acepción de la voz que registraba el Diccionario hasta 2001. La primera acepción era "amuleto", voz que pasó al tercer y último lugar, a partir de 2003. Precizando los actuales términos de la definición, ésta debiera rezar: *cada una de las dos pequeñas cajitas que contienen ciertos pasajes de la Escritura, y que los judíos, durante ciertos rezos, llevan atadas con una correa de cuero una al brazo izquierdo y otra fija en la frente.*

Tal vez algunos buscaron dejar memoria de su origen en apellidos tales como "Montencino", que escondería una referencia al Monte Sion. O como "Buendía", que no sería otra cosa que la traducción del hebreo "*lom tov*" (día bueno o día sacro). Incluso el apellido materno del presidente chileno Salvador Allende Gossens (1970-1973), podría derivar Goshen o Gosén, la región de Egipto en la que el Faraón autorizó se establecieran los Hijos de Yisrael, según sostuvieron durante su gobierno sus opositores judeófobos.

Todos quienes tengan tales apellidos que exaltan la identidad católica o bien que esconden rastros de un origen hebreo, ellos y todos sus descendientes contarían también como judíos según la respuesta esencialista o judeófoba. Quienes nunca habían usado tales apellidos en España, a partir del siglo 16, para mantener las "necesarias distancias" de los Demaría, Depablo, Correa, Iglesias, Juderías, Santa Cruz y los Santa María, comenzaron

a denominarse a sí mismos “cristianos viejos”. Así lo hace varias veces Sancho en *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha* de Miguel de Cervantes, publicado en 1605, algo más de un siglo después de la expulsión de los judíos de España en 1492.

Junto con *Mein Kampf*, el ensayo autobiográfico y político que Hitler redactó en prisión y que publicó en 1925 el más popular texto de propaganda judeófoba, desde el primer lustro del siglo 20 fue *Los Protocolos de los Sabios de Sión*. Esta última obra pretende ser un registro verídico de una reunión de sabios judíos que planifican cómo tomar el control del mundo. Sin embargo, según estableció *The Times* de Londres ya en 1921, se trata de un texto de propaganda, elaborado por la policía secreta del Zar en Rusia. Su base fue una sátira, redactada en Francia en la primera mitad del siglo 19 por opositores al régimen de Napoleón III, y que denunciaba una supuesta conspiración encabezada por... ¡los jesuitas!

Sin embargo, este libro sirvió bien a la causa judeófoba. Se lo usó en el imperio ruso para justificar en las clases letradas, que eran una minoría, los pogromos o matanzas de judíos organizadas por los gobiernos zaristas. Luego del triunfo de la Revolución Bolchevique en 1917, dicho ensayo permitió a la propaganda en contra del comunismo ruso denunciar a varios de sus líderes porque provenían de familias judías. Traducido a muchos idiomas (al igual, por cierto, que *Mein Kampf*), este libro tuvo gran difusión en Europa y los Estados Unidos en la primera mitad del siglo 20 gracias a Henry Ford. Este multimillonario estadounidense, que hizo fortuna comercializando el primer automóvil, era un rabioso judeófobo y financió tanto su publicación como su distribución en el mundo occidental. Luego de la proclamación de independencia del Estado de Israel en 1948, dicho texto ha sido y es presentado como un relato verídico en las escuelas de varios países árabes del Medio Oriente.

Vale la pena distinguir la judeofobia *activa*, la que está motivada por la creencia de que existiría tal cosa como una *naturaleza judía*, y la judeofobia *fosilizada* que supone tal creencia. Porque la judeofobia fosilizada solo recoge de manera pasiva los prejuicios sedimentados en la cultura por la judeofobia activa, sin por ello compartir de manera consciente sus tesis. ¿Habría sido éste el caso de los miembros de la Real Academia Española que redactaron las definiciones ahora reemplazadas de voces como “antigüedad clásica”, “antisemita” y “converso”?

La judeofobia fosilizada explica que muchas veces en países occidentales, al enterarse de que su interlocutor es judío, un gentil se apresure a señalar que “muchos de mis mejores amigos son judíos”, o bien que sospecha serlo él mismo porque descende de un “Santa María” de quién lo separa... ¡medio milenio! Sin embargo, en el caso de encontrarse con una persona con ascendencia, por decir algo, aimara, alacalufe, alemana, francesa, inglesa o mapuche jamás haría el comentario análogo. ¿Quién pensaría que una persona con solo un bisabuelo inglés, aunque tuviera por delante el apellido Stevenson, contaría aún como inglesa? Aquí se muestra la “forma lógica” de la judeofobia, evaluar la conducta de los judíos con estándares que no se exigen de otras minorías en situaciones comparables.

En la tradición occidental, la judeofobia fosilizada está presente en muchísimas más personas que la judeofobia activa. Ella explica también que haya personas que, si bien ya no viven como judíos, ni les importa haber dejado de hacerlo, se sigan considerando judías. Es una reacción defensiva frente al rechazo de la identidad judía por las comunidades mayores en las que viven. Son judíos, en suma, *solo porque son tratados como judíos por los judeófobos*, tanto activos como fosilizados. Esta peculiar versión de la identidad judía

interioriza un rechazo malsano a lo propio. Así se entiende, en más de un caso, la conducta judeófoba de personas, que sin seguir ya ninguna práctica religiosa judía, todavía se reconocen judías.

Por ejemplo, hay judíos que, cuando un gentil se entera de que lo son, se apresur a darle seguridades a su interlocutor. Que ya no sigue las prácticas reverenciales del judaísmo. Que no defiende el sionismo, la teoría política decimonónica que aboga la liberación nacional de los judíos y su regreso masivo a sus tierras ancestrales. Ni, muchísimo menos, por cierto, que le alegre (o, aún peor, que esté orgulloso de) la existencia del Estado de Israel.

Muchos judíos judeófobos consideran su obligación contribuir a resolver el “problema judío” (esto es, la existencia de los judíos), no mediante el exterminio, la solución de Hitler, por cierto, sino mediante la conversión o mediante la asimilación. Son los cómplices pasivos de Hitler. La asimilación es una especie de suicidio en cámara lenta, un proceso gradual que en una o dos generaciones resuelve dicho problema. Según estas personas cuando, gracias a la asimilación, hayan dejado de existir los judíos por fin el mundo será mejor, porque se habrá extirpado de él un mal. Como señala el filósofo venezolano Juan Nuño en *Sionismo, marxismo y antisemitismo. La “cuestión judía” revisitada*:

Aceptar que la plataforma del antisemitismo es una supuesta y mítica entidad denominada “cuestión judía” implica conclusiones que todo “buen amigo” de los judíos no ha dejado de sacar siempre que se le ha presentado la ocasión. Por ejemplo: que dejen los judíos de serlo y desaparecerá el antisemitismo. Es el inteligente razonamiento que propone el suicidio como infalible remedio para el dolor de cabeza. O más rebuscadamente: son

los propios judíos, se dirá perspicazmente, quienes con su terca manía de querer ser judíos provocan el antisemitismo.

La animadversión omnipresente del mundo gentil occidental hacia la ínfima minoría judía es, creo, una clave para dar cuenta de su descomunal y desproporcionada contribución a las artes, las ciencias, el comercio, la matemática y, en general, a las letras en los siglos 19 y 20. Aún otra clave, según un argumento reciente, sería la importancia que, por miles de años, habría tenido el estudio en la conformación, mantención y cambio de la forma judía de vivir. En particular, la obligación religiosa impuesta por los rabinos hace dos milenios, de enseñar a leer a todos los niños varones.

Maltratados por miles de años, algunos judíos terminan por aceptar que está justificado el rechazo que fluye de la comunidad mayor en la que viven. Esto es, el llamado “problema judío”: la mera existencia de judíos. Y se autocondenan a renunciar a su propia identidad y abrazar otras. O bien buscan destacarse en áreas en las que su identidad judía no importe para, de esta manera, liberarse de tal rechazo. Despojarse de la identidad propia para adoptar una ajena, o bien ocultarla tras una identidad profesional, es un proceso doloroso en grado superlativo. Ese dolor empuja con fuerza a muchos judíos que luchan por el reconocimiento y la aceptación de los gentiles. Y explica también que tantos judíos hayan preferido desempeñarse en las áreas que durante la modernidad más temprano se liberaron de la regulación religiosa, tanto judía como cristiana: las artes, la ciencia, el cine, el comercio y la literatura.

De ahí el desproporcionado número de judíos entre los grandes banqueros, escritores de ficción, filósofos de las ciencias, del lenguaje y del derecho, los físicos, los matemáticos, los lógicos, pianistas, pintores, químicos y violinistas. Los judíos son solo el 0,2% de la población mundial, unos 14 y

medio millones de personas, según ya señalé. Pero, entre 1901 y 2017, han recibido el 22,5% de los premios Nobel. De cada uno de ellos podría decirse, con los versos sobre un aroma, que compuso el incomparable folclorista rioplatense Atahualpa Yupanqui, el abuelo de la canción popular latinoamericana:

Hay un aroma nacido / en la grieta de una piedra.  
 Parece que la rompió / pa' salir de adentro de ella.  
 Está en un alto pela'o, /no tiene ni un yuyo cerca,  
 Viéndolo solo y florido / Tuito el monte lo envidia.  
 Lo miran a la distancia / árboles y enredaderas,  
 diciéndose con rencor: / Pa uno solo, cuánta tierra.  
 En oro le ofrece al sol / pagar la luz que le presta.  
 Y como tiene de más, / puña'os por el suelo siembra.  
 Salud, plata y alegría, / tuito al aroma, la suebra  
 Asegún ven los demás / dende el lugar que lo observan.  
 Pero hay que dar y fijarse / como lo estruja la piedra.  
 Fijarse que es un martirio / la vida que le envidian.  
 En ese rajón, el árbol / nació por su mala estrella.  
 Y en vez de morir triste / se hace flores de sus penas...  
 Como no tiene reparo, / todos los vientos le pegan.  
 Las heladas lo castigan / L'agua pasa y no se queda.  
 Ansina vive el aroma / sin que ninguno lo sepa.  
 Con su poquito de orgullo / porque es justo que lo tenga.  
 Pero con l'alma tan linda / que no le brota una queja.  
 Que en vez de morir triste / se hace flores de sus penas.  
 ¡Eso habrían de envidiarle / los otros, si lo supieran!

Concluye así este análisis introductorio, aunque no elemental, de la judeofobia. La pregunta *prima facie* humana acerca de *quiénes son los judíos*

tiene un rango abierto pero acotado de respuestas. Hay una pluralidad de respuestas *costumbristas*. Ellas responden en términos de las prácticas de *quienes viven como judíos*; a saber, las personas que viven lo sagrado –lo que está apartado de lo cotidiano o profano— de la multiplicidad de maneras propias del judaísmo, según los distintos ritos: liberales o progresistas, conservadores o bien ortodoxos.

La pregunta acerca de *quiénes son los judíos* tiene, además, respuestas esencialistas o judeófobas con una variante activa y otra fosilizada. La primera variante supone la creencia que identifica a los judíos con una *naturaleza peculiar*, tan poderosa y peligrosa como pérfida y ambiciosa, y que es heredada por toda persona que tenga un antepasado judío sin importar cuán atrás éste se encuentre. La segunda variante, si bien ya no tiene dicha creencia, recoge el impacto que ella ha tenido en la cultura occidental.

Las distintas respuestas a una pregunta *prima facie* humana se iluminan unas a otras. Para entender mejor cada respuesta es necesario entender mejor las otras. Tal es el caso con la pregunta acerca de *quiénes son los judíos*. Cada respuesta costumbrista se entiende mejor en la medida en que se entienden mejor las demás respuestas de ese corte, las que, a su vez, se entienden mejor a medida que se entienden mejor las respuestas esencialistas o judeófobas, tanto activas como fosilizadas. Termino señalando otros dos grandes temas que correspondería desarrollar.

### **3. Judaísmo, cristianismo, islam, liberalismo y marxismo**

¿Qué relación hay entre el judaísmo, por un lado y, por el otro lado, el cristianismo, el islam, el liberalismo y el marxismo? Según el filósofo español Jesús Mosterín, el cristianismo y el islam son dos grandes “herejías” del

judaísmo. Por mi parte, añadiría a esta lista también al liberalismo y al marxismo.

Más allá de sus enormes diferencias las cinco visiones filosóficas recién mencionadas (judaísmo, cristianismo, islam, liberalismo y marxismo) comparten una y la misma estructura narrativa, cuya raíz última está en la Biblia judía. Para comenzar todas coinciden en la premisa según la que, en un sentido tan abstracto como indispensable, todos los seres humanos serían iguales. Según el judaísmo, el cristianismo y el islam, porque descienden todos de Adam y de Java, o porque cada uno tiene un alma, o porque todo ser humano está hecho a imagen y semejanza de su Creador. Según el liberalismo en su versión francesa de fines del siglo 18, porque todos tenemos los mismos “derechos del hombre y del ciudadano” o, en la versión de la segunda mitad del siglo 20, los mismos “derechos humanos”.

Mientras que, según el marxismo, dada la capacidad productiva superior de esta manera de organizar las relaciones humanas, la que surge cuando el Estado desaparece, alcanzada la sociedad comunista, las necesidades de todos serán por completo satisfechas. De esta igualdad básica se sigue que oprimir a los seres humanos y abusar de ellos, en especial de los más débiles, es incorrecto. El mundo en que vivimos, en buena parte, resulta del uso que cada individuo hace de su libertad.

Por último, la estructura narrativa de estos cinco grandes relatos asigna el liderazgo en la liberación de la opresión a un grupo pequeño. A éste corresponde liderar la marcha de la humanidad hacia un mundo que bien podría existir. En el judaísmo este papel lo tiene el pueblo elegido. En el cristianismo, el pueblo de la alianza “nueva y eterna”. En el islam, el pueblo de los que se someten (en árabe, *muslim*). En el liberalismo, la burguesía. Y, por último, en el marxismo, el proletariado (en la variante leninista, el partido que es su vanguardia, mejor, el comité central del Partido y en la variante stalinista,

Stalin mismo).

#### **4. Judaísmo, sionismo y el “problema palestino”**

¿Cuál es la relación entre judaísmo, sionismo y el “problema palestino”? Para responder esta pregunta lo primero es distinguir entre los dos primeros términos. El judaísmo es una forma, o conjunto de formas peculiares, de vivir lo sagrado que generó un pueblo cuya existencia comenzó hace unos 3.500 años. Mientras que el sionismo, por contraste, es la variante judía de los movimientos de liberación nacional que proliferaron en América, África, India así como en el Medio Oriente y en el Lejano Oriente entre fines del siglo 19 y la segunda mitad del siglo 20.

Por ejemplo, en el Estado de Israel existe una minoría de judíos ultra ortodoxos, los Naturei Karta, que son anti-sionistas. Es decir, existen incluso en Israel judíos que viven ahí pero que consideran ilegítimo el Estado que los acoge. Uno líder de este grupo, el rabino Meir Hirsch, ejerció de consultor sobre asuntos judíos del gobierno de Yasser Arafat. Por el otro lado, hay muchos sionistas, tanto en Israel como en la diáspora, que no son judíos practicantes. La relación entre sionismo y el “problema palestino” es un tema complejo sobre el que hay mucho que decir. Mostraré mis cartas relatando una anécdota, con la que no busco ofender a nadie.

Hace un tiempo, con motivo del recrudecimiento, una vez más, de la violencia en el Medio Oriente, un distinguido profesor universitario progresista, con doctorado en París y del que he sido amigo por años, me preguntó mi opinión acerca del conflicto, dijo él eligiendo con cuidado sus palabras, “árabe – israelí”. Respondí con la que sostuve sería la respuesta judía ortodoxa, y sostuve que el conflicto era evidencia de la inminente llegada del Mesías. Ante la cara estupefacta de mi amigo añadí: “Los judíos, que somos lo peor que hay

sobre la faz de la Tierra, estamos mejorando. ¿Te das cuenta? Habríamos pasado de matar a D's a solo matar palestinos. ¿Qué otra explicación pudiera darse de esta mejoría en la hez de la humanidad sino la inminente llegada del Mesías?".

¿Cuál es la novedad del "problema palestino"? La lección que esta pregunta arroja es simple. Que hoy la antigüedad respectiva de dos formas de vivir en conflicto es irrelevante en términos políticos. Los palestinos, entendiendo por ese término, a parte de la población árabe de los territorios hoy controlados por Israel, Jordania, Siria y Líbano, más la Franja de Gaza son una identidad política reciente. Ninguna enciclopedia, diccionario, ensayo o libro de economía, historia, política o sociología anterior a 1948 utiliza "palestino" para referirse de manera exclusiva a los árabes que entonces vivían en los territorios recién mencionados. Por el otro lado, los judíos de Israel son la encarnación de una de las más antiguas formas de vivir que aún existe.

Quienes fueran denominados "palestinos" en la antigüedad (en hebreo *plishtim* o filisteos en castellano) desaparecieron con la invasión judía de la Tierra Prometida, ocurrida varios siglos antes del inicio de la era común o cristiana. Luego de la derrota de los judíos por los ejércitos romanos liderados por Tito en el año 70 de dicha era los judíos fueron expulsados de su tierra por el imperio que para borrar su recuerdo renombró el territorio como "Palestina". Esta denominación se mantuvo cuando pasó a ser por siglos una provincia de la Sublime Puerta, el imperio turco con capital en Estambul y durante el siglo 20 cuando, luego de la primera guerra mundial, pasó a manos británicas entre 1929 y 1948 gracias al mandato otorgado a dicha potencia por la Liga de las Naciones. Nunca hubo en dichos territorios un estado árabe "palestino" independiente.

La población árabe de la zona donde hoy se levantan Israel y Jordania era menguada y carecía de sentido de unidad nacional. Todo eso comenzó a

cambiar con la inmigración judía desde fines del siglo 19, proceso que se aceleró de manera radical luego de la proclamación del Estado de Israel en 1948. Ese fue el catalizador del sentimiento de unidad que hoy identifica a dicha población árabe. Sin embargo, los palestinos de hoy están en un pie de igualdad para negociar con la variante israelí de la identidad judía, una de las formas de vivir humana con más historia. Para ponerlo en términos que sorprenderán a más de un lector podría decirse que, por las razones antes expuestas, los judíos fueron una creación del imperialismo romano mientras que los palestinos fueron una creación del sionismo judío. Pero este asunto quedará pendiente para una oportunidad futura. Solo me resta explicar el título de este ensayo, tema que abordaré, con la venia del lector, con una última anécdota.

## **5. El judaísmo ortodoxo como *hobby***

Hace unos veinte años fui invitado a cenar en Londres a la casa de un destacado cirujano inglés, cuya mujer estaba emparentada con mi familia materna. Luego de la cena, mi anfitrión me invitó a subir al segundo piso de su casa. Era una demostración de aprecio, según me explicó luego su señora. Ahí me mostró su hobby, un tren eléctrico que ocupaba una enorme habitación.

Para centrar la atención del espectador las paredes estaban pintadas de verde oscuro y la iluminación era moderada. El tren eléctrico estaba ubicado en una descomunal mesa. Tenía múltiples varias líneas férreas. Cada una de ellas contemplaba túneles, puentes, barreras que se levantaban y bajaban, locomotoras que pretendían ser a carbón y que echaban humo más otras, de aspecto más reciente y con motor eléctrico. Las seguían carros de pasajeros de primera, segunda y tercera clase, más carros de carga. Los trenes circulaban por paisajes diversos, que incluían acantilados y puentes

basculantes. Cerros cubiertos de vegetación, llanuras de verdes prados y florcitas, lagunas, faroles y, cada cierto tramo, junto a casetas montadas en pequeñas torres de piedra, operarios de vía férrea. Quedé admirado. ¿Cuántos centenares, tal vez miles, de horas de trabajo había tomado al médico inglés construir su gigantesco tren eléctrico?

Tony Brain, que así se llamaba el galeno británico, me explicó acerca de las múltiples clases de proveedores que operaban en el mercado de los trenes eléctricos. Quiénes sí eran confiables, y por qué. Quiénes no lo eran, y cómo reconocerlos. Información inútil dirá quien sufra de jibarización espiritual, y aún no haya leído a Nuccio Ordine sobre este tema. Esta clase de “información inútil” es un antídoto poderoso del exceso de relaciones comerciales contaminadas por la veneración exclusiva de la riqueza material. Tales intercambios de “información inútil” crean espacios de sociabilidad no violenta, basados en la apertura a los prójimos lejanos o pluralismo.

A continuación me informó de la diversidad que recogían las distintas manufacturas de trenes eléctricos. Las diferencias entre los fabricados en Europa y los fabricados en el Lejano Oriente. Me contó cómo evolucionó el género dedicado a la reproducción de locomotoras y carros clásicos, y quiénes eran en esos momentos sus maestros. Toda información interesante, inútil desde un punto de vista de generar valor material. ¿Por qué? Porque genera valor en algo que es momentáneo y frágil, como un encuentro humano. ¿Acaso por momentáneo y frágil que éste sea, es el valor de algo menos real?

¿De qué otra materia prima pudiéramos mañana promover un encuentro respetuoso, productivo y, cuando corresponda y de las maneras en que corresponda, festivo del mayor número de personas? ¿Qué mejor base que ésta? Reconocer tanto la igualdad humana absoluta como el valor de buscar con otros y en otros los límites de la diversidad humana legítima, tareas que

suponen, por cierto, apoyo de un sentido del humor de talante más bien humano y compasivo que burlesco y descalificador.

¿Cómo entender que un profesional con gran reconocimiento entre sus pares por sus logros quirúrgicos haya tenido el tren eléctrico como hobby? Esta pregunta parece fácil de responder. Era solo una preferencia personal, tal vez excéntrica, pero nada más sorprendente que eso. Algunas personas, por las razones que sea, desarrollan una afición por este pasatiempo, de la misma manera en que otros adultos se entretienen coleccionando estampillas, grabados, mapas antiguos, muebles o bien obras de arte. En suma, así son los seres humanos. Su diversidad incluye personas que desarrollan un interés por un pasatiempo peculiar, cuya práctica hace exigencias peculiares de conocimiento, tiempo y recursos conectándolas con otras personas con inclinaciones similares.

Muy distinto parece ser el caso con quienes desarrollan un interés peculiar en alguna religión, en particular, para los propósitos del presente ensayo, en el judaísmo ortodoxo. Aquí pareciera que fuera necesaria una explicación más profunda, necesidad que no surge en relación con la afición que algunas personas desarrollan respecto de un deporte en particular o del coleccionismo en alguna de sus múltiples variantes. ¿Cómo entender que una persona racional, con estudios superiores en universidades de prestigio y que aprecia la contribución de la ciencia experimental al aumento del conocimiento, se entusiasme con una forma de vivir antigua, con múltiples normas restrictivas y que obliga a estudiar tanto? En mi caso particular respondería que se trata de un hobby, una afición que permite aprender mucho, entretenerse, conocer personas afines y cultivarse. El judaísmo ortodoxo como hobby.

Pero, para concluir, practicar el judaísmo ortodoxo como hobby, en mi

caso personal, tiene también una función política.

#### Anexo. Explicaciones lexicográficas y una fantasía literaria

En lo que sigue, escribo los nombres hebreos originales con letras latinas. Busco así mostrar desde el inicio cuál es el propósito del presente ensayo: destacar la raíz judía de la cultura occidental, morigerar su ocultamiento y rechazo así como refutar su tendencia a presentarse a sí misma solo como heredera de Grecia y de Roma. En palabras, por ejemplo, de Mario Vargas Llosa, el novelista y columnista peruano ganador del Premio Nobel de Literatura en 2010, la cultura occidental sería la “heredera de Grecia, Roma, el Siglo de Oro... (“Hispanidad: ¿una mala palabra?”, La Tercera (Chile), 28 octubre 2018, p. 46).

El índice onomástico contiene la correspondencia, tanto castellana como, cuando corresponde, griega, de dichos nombres hebreos. Uso como equivalentes las expresiones: El Autor del Mundo, el Creador del Mundo, el Creador y D”s. Esta última grafía merece una elucidación. Entre los judíos observantes o practicantes, nunca se pronuncia el Tetragrámaton, el nombre de la divinidad en *cuatro letras*, que el Creador revela a Moshé desde la zarza ardiente (Ex 3:15). En la liturgia judaica, en vez de pronunciar el sonido que correspondería (lo que se intenta transliterar al castellano con las *siete letras* de la voz “Jehováh”), se dice “Adonai”; esto es, en hebreo, “Mi Señor”. Se pretende así cumplir de manera estricta el tercer mandamiento: “No tomarás el nombre del Señor en vano” (Ex 20:7). Con esa misma motivación algunos evitan incluso escribir completo el nombre para la divinidad en castellano, que también consta de cuatro letras.

Esta grafía, D”s, incluye entre su letras latinas inicial (D) y final (s), la repetición de la letra “iud” en hebreo. Este símbolo, ”, reemplaza al Tetragrámaton en el *Sidur*, el libro de rezos judíos. Cuando, se difundió la imprenta, en la Italia del renacimiento este símbolo devino en las comillas, la convención que hoy usamos señalar el inicio y el fin de una cita. Hasta entonces, las citas fueron destacadas mediante letras cursivas. ¿Cómo llegó este símbolo, la repetición de la letra

hebrea “iud”, a tomar ese papel? ¿Quién reemplazó las letras cursivas por las comillas? ¿Por qué lo hizo? Presentaré a continuación una hipótesis tal vez quimérica pero que bien pudo haber inspirado un cuento de Jorge Luis Borges, el argentino deslumbrante (a quien el poeta y novelista Arthur Lundkvist, miembro de la Academia Sueca, según él mismo me confidenció, impidió ganar el Premio Nobel de literatura).

A saber, que un editor judío reemplazó la convención que usaba letras cursivas para destacar una cita por la repetición de la letra hebrea iud al inicio y al final de una cita. ¿Con qué intención lo hizo? Por una parte, ahorrar recursos al inicio de la era de la imprenta. Contar con dos tipos de letras, uno para las rectas y otro para las cursivas, hubiera sido más oneroso que solo necesitar un tipo de letra. Y, con añadir solo dos tipos, uno para la apertura y otro para el fin de la cita, la imprenta solo requeriría usar letras rectas. Pero, aún si esta hipótesis fuera correcta quedaría pendiente explicar por qué el símbolo usado para señalar el inicio y el fin de la cita fue la repetición de la letra hebrea iud, el símbolo usado en los libros litúrgicos judíos para el Tetragramatón. Mi hipótesis fantástica sugiere que este editor judío buscaba así salpicar con una abreviatura en hebreo del nombre divino los textos profanos.



## Índice onomástico

Aarón HaKohen  
 Abrahán (ver Avraham)  
 Adam  
 Adán (ver Adam)  
 África  
 Alekhine, Alexander  
 Alemania  
 Algeria  
 Allende Gossens, Salvador, presidente de Chile  
 América  
 Antisemitismo  
 Aquino, santo Tomás de  
 Argeric, Martha  
 Armstrong, Neil  
 Arrau, Claudio  
*Arvit*  
 Asher  
 Atenas  
 Austria  
 Avraham  
 Arafat, Yasser  
 Aristóteles

Ba'al Shem Tov, rabino Israel  
 Bacon, *sir* Francis  
*Bamidbar* (véase, Éxodo)  
 Balliol College, Oxford  
 Barranco (Lima)  
 Benedicto XVI, obispo de Roma (véase, Ratzinger, Joseph Aliosius)  
*Bereshit* (véase, Génesis)  
 Berners-Lee, Tim  
 Bilha  
 Borges, Jorge Luis  
 Brockley (Londres)  
 Budapest  
 Buendía  
 Bulgaria

Cana'an  
 Carlos II, rey de Inglaterra  
 Cervantes, Miguel de  
 Churchill, John  
 Churchill, *sir* Winston, primer ministro británico  
 Colón, Cristóbal  
 Comte, August  
 Concilio Vaticano II  
 Cristo (ver Yeshua)

Dan  
 Darwin  
 de Santa María, Pablo  
 de' Medici, Lorenzo  
 de' Medici, Lorenzo Pietro  
 Depablo  
 Demaría  
 Descartes, Rene  
 Dinah  
 Dinamarca  
 Diego (véase, Ya'akov)  
*Dvariim* (Números)  
 Deuteronomio  
 Día del perdón (véase, *iom hakipuriim*)  
 D"s

Egipto  
 El Creador del Mundo  
 El Estagirita (véase, Aristóteles)  
 El Sefaradí (véase, Maimón, rabí Moshé ben)  
 Esav  
 Esau (véase, Esav)  
 España  
 Estados Papales  
 Estuardo  
 Europa  
 Eva (véase, Java)  
 Evangelio  
 Ezequiel  
 Éxodo

Faraón  
 Fernando, rey de Aragón  
 Ferrer, san Vicente  
 Fisher, Bobby  
 Ford, Henry  
 Fukuyama, Francis  
 Fraenkel, rabino Zecharias  
 Francia  
 Frege, Gottlob

Gad  
 Gagarin, Yuri  
 Galilei, Galileo  
 Geiger, rabí Abraham  
 Gloriosa Revolución  
 Goebbels, Joseph  
 Grecia  
 Guerra Fría

Guerra,  
de las galaxias (véase, Iniciativa de Defensa Estratégica)

Fría  
Mundial  
de los científicismos  
del Medio Siglo  
Primera  
Segunda

Ha'am, Ahad  
Habacuc  
Hageo  
Henrietta Marie, reina de Inglaterra  
Hiroito, emperador de Japón  
Hirsh, rabí Meir  
Hitler, Adolf, canciller de Alemania  
Hobbes, Thomas  
Holanda  
Holdheim, rabino Samuel  
Holocausto  
Holywood  
Hume, David  
Hungría

Iglesia Católica Apostólica Romana  
*Iom hakipurim*  
Imperio Ruso  
Inglaterra  
Iniciativa de Defensa Estratégica  
Isaías  
Isajar  
Ismael (véase, Yishmaíl)  
Israel, (véase, Ya'akov)  
Estado de  
Yisrael, Hijos de  
, País de  
Iago (véase Ya'akov)  
Irak  
Isabel, reina de Castilla  
Isabel II, reina de Gran Bretaña e Irlanda del Norte

Jacques (véase Ya'akov)  
Jacobo (véase Ya'akov)  
Jacobo II, rey de Inglaterra  
Jaime (véase Ya'akov)  
Jardín del Edén  
Java  
Jeremías  
Jerome, Jennie

Jerome, Leonard  
Jerusalén (ver Yerushalaiim)

Templo de  
Jesús (ver Yeshua)

Jewel

Jonas

Josué

Juan Pablo II, obispo de Roma

Judá (véase Yehúda)

Judea

Judeofobia

Jueces

Jung, Carl Gustav

Júpiter

Kant, Immanuel

Kasparov, Gary

Kennedy, John F., presidente de los Estados Unidos de América

*Ketuvim*

Küng, Hans

Laika

Lea (véase Leah)

Leah

Leví

Lima, Perú

Lituania

Locke, John

Londres, Inglaterra

Lorenzo, el Magnífico (véase de' Medici, Lorenzo)

Luis XIII, rey de Francia

Luis XIV, rey de Francia

Maimónides (véase, Maimón, rabí Moshé ben)

Malaquías

Manuel I, rey de Portugal

María Antonieta, reina de Francia

Marlborough, primer duque de (véase, Churchill, John)

Marr, Wilhelm

Marruecos

Marx, Karl

Maturana, Humberto

Meyer, rabino Marshall

*Minjá*

Miqueas

Montini, Giovanni Battista

Moisés (véase, Moshé)

Moshé

Mussolini, Benito, primer ministro del reino de Italia

Nahum  
Napoleón III, emperador de los franceses  
Neftalí  
*Neviim*  
Newton, *sir* Isaac  
Nóaj  
Noé (véase, Nóaj)  
Noruega  
Nueva York, Estados Unidos  
Nuño, Juan  
Núremberg

Obadías  
Occidente  
Oriente  
Oseas

Paulo VI, obispo de Roma (véase Montini, Giovanni Battista)  
Perednik, Gustavo D.  
Pinsker, Leon  
Place de la Rèvolution (véase, Place de la Concorde)  
Place de la Concorde  
Polonia  
Portugal  
Potifar  
Pueblo Elegido

Rajel  
Raquel (véase, Rajel)  
Rambam (véase, Maimón, rabí Moshé ben)  
Ratzinger, Joseph Aloisius  
Reagan, Ronald, presidente de los Estados Unidos de América  
Real Academia Española  
Rebeca (véase, Rifká)  
Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda del Norte  
Reubén  
Revolución bolchevique  
Reyes  
*Roi Soleil*  
Rosh HaShaná  
Rubén (véase, Reubén)  
Rifká  
Roma, Italia  
*Rosh HaShaná*  
Rubén (véase, Reubén)  
Rusia

Salomón, rey de Israel (véase, Shelomó HaMelej)  
Salomon HaLevi (véase, Santa María, Pablo de)  
Samuel

San Alberto Magno  
 San Antonio, el anacoreta  
 Santa María, Pablo de  
 San Pablo, de Tarso (Shaul HaTarsí)  
 Sara (véase, Sarah)  
 Saturno  
 Shabat  
 Shajarit  
 Shaftesbury, lord (Ashely-Cooper, Anthony)  
 Shaul HaTarsí (véase, de Tarso, San Pablo)  
 Shelomó HaMelej  
 Shem  
*Shemot*  
 Simón (véase, Shímon)  
 Shímon  
*Shoa*  
 Simone, Nina  
 Siria  
 Smith, Adam  
 Sofonías  
 Sputnik 1

Talmud  
 Tercer Reich  
 Tereshkova, Valentina  
 The Times  
 Tiago (véase Ya'akov)  
 Tierra Prometida (véase, Cana'an)  
 Toráh  
 Toro Zambrano y Ureta, Mateo, conde de la Conquista y  
 primer presidente de la junta gubernativa de Chile (1810-1811)  
 Tunes  
 Turquía

Ucrania  
 Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (ver Unión Soviética)  
 Unión Soviética

Valladolid  
*Vaykra* (véase Deuteronomio)  
 Victoria, reina de Gran Bretaña e Irlanda, emperatriz de la India  
 Vespucio, Américo

Waldseemüller, Martin  
 Waldstein (sonata)

Ya'akov  
 Yehudá  
 Yerushalaiim, Israel  
 Yeshua

Yisajar  
Yupanqui, Atahualpa

Zacarías  
Zedong, Mao, presidente de la República Popular de China  
Zilpa  
Zebulún